

**JUAN FÉLIX SÁNCHEZ,
FILOSOFÍA Y
SENTIMIENTO**

José Sant Roz

JUAN FÉLIX SÁNCHEZ, FILOSOFÍA Y SENTIMIENTO

José Sant Roz

ediciones
MINCI

JUAN FÉLIX SÁNCHEZ, FILOSOFÍA Y SENTIMIENTO

José Sant Roz

Colección Claves

Ediciones **MinCI**

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación e Información

Final Bulevar Panteón, Torre Ministerio del Poder Popular para la

Comunicación e Información. Parroquia Altagracia, Caracas-Venezuela.

Teléfonos (0212) 802 83 14 / 83 15

Rif: **G-20003090-9**

Nicolás Maduro Moros

Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

Jorge Rodríguez

Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura (E)

Harim Rodríguez

Viceministro de Planificación Comunicacional

Gustavo Cedeño

Director General de Producción y Contenidos

Kelvin Malavé

Director de Publicaciones

Edición y corrección de textos/ **María Aguilar, Ricardo Romero**

Diseño y diagramación/ **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018000747**

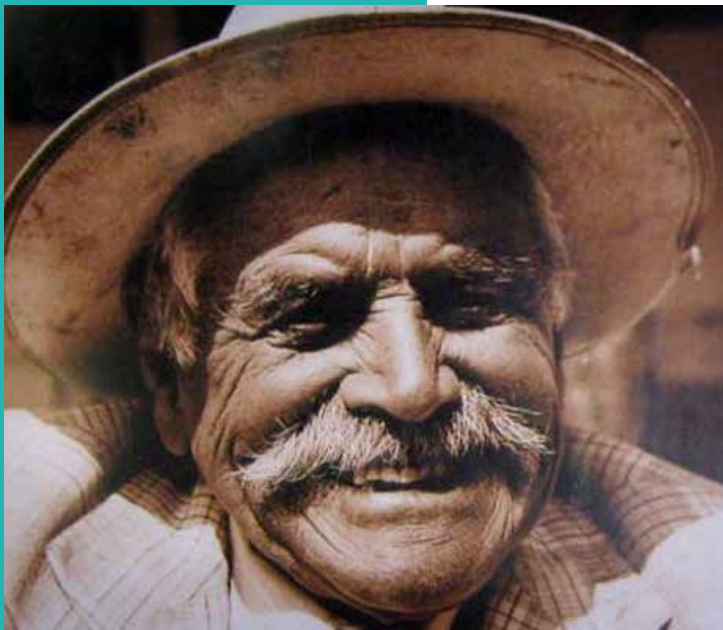
ISBN: **978-980-227-377-5**

Edición digital en la República Bolivariana de Venezuela

Abril, 2018

**JUAN FÉLIX SÁNCHEZ,
FILOSOFÍA Y
SENTIMIENTO**

José Sant Roz



**JUAN FÉLIX SÁNCHEZ,
FILOSOFÍA Y
SENTIMIENTO**

NOTA BIOGRÁFICA

Juan Félix Sánchez es oriundo del estado Mérida, nace en el año 1900 en uno de los pueblos más altos del páramo andino, que se llama San Rafael de Mucuchíes, aunque luego reside en la población de El Tisure gran parte de su vida. Artista plástico, tejedor, escultor, constructor y arquitecto popular. Entre sus obras sobresalientes se encuentra la Capilla de San Rafael de Mucuchíes y la Capilla del Filo del Tisure, dedicada al Dr. José Gregorio Hernández. Sánchez es también reconocido por su riguroso arte del tejido, que le valió ser considerado patrimonio nacional y posteriormente recibe el Premio Nacional de Cultura en la mención de Artes Plásticas en el año 1989. Fallece en abril de 1997 y es sembrado en su Mérida natal. El artista permanece incólume en el corazón de su pueblo.

NOTA DE LOS EDITORES

Esta obra es una selección del libro *La cultura como sepultura. Vida de Juan Félix Sánchez y Epifania Gil*, donde extraemos una serie de entrevistas realizadas en los últimos años de vida del cultor merideño y nos orientan hacia una aproximación acerca su filosofía personal y su visión sobre la vida, reflexiones que nos permiten tener una mejor comprensión de la obra artística de Juan Félix Sánchez, patrimonio cultural de nuestro pueblo. Así le rendimos un digno homenaje.

Juan Félix Sánchez, filosofía y sentimiento

Lo descubrieron y luego lo colonizaron. Con la odisea de su secuestro sus captores se catapultaron a la fama política y cultural. Le arrebataron sus obras, y tuvo que vivir arrimado en su propia casa. Aun cuando ya no le quedaba nada, persistía la leyenda de que tenía botijas enterradas, por lo que entonces junto con su compañera Epifania fue dopado, para arrancarle de sus dedos unos anillos. Enfrentados como perros rabiosos quienes se los disputaban tuvo que gritar: ¡No estoy loco! ¡No quiero más honores! ¡Déjenme en paz! Recibió el cariño de su pueblo como única verdadera recompensa. Y para darle con la muerte lo que nunca quisieron entregarle en vida, lo metieron en un féretro lujoso, como un gran capitán.

*Amadas voces ideales
de aquellos que han muerto, o de aquellos
perdidos como si hubiesen muerto.*

*Algunas veces en el sueño nos hablan;
algunas veces la imaginación las escucha.*

*Y con el suyo otros ecos regresan
desde la poesía primera de nuestra vida –
como una música nocturna perdida en la distancia.*

Konstantino Kavafis

Acurrucados en penumbras

IBA RUMBO A LA PLAZA BOLÍVAR en amena conversación imaginaria con don Juan Félix; él me decía: “Yo iba por mi mundo. Recuerdo muy poco lo que atareaba a la gente de mi tiempo de joven; me refiero a las cosas públicas o de gobierno. No, la cosa es que mi vida ha ido por un lado, la del país por otra. Yo no he asociado nunca mi vida a los trajines de gobiernos, a las variaciones de un presidente. Sí; claro, yo sé que por aquí mandaron Castro, un Gómez, López Contreras o Isaías Medina Angarita pero yo iba por mi camino, y ellos por el suyo. Todas esas cosas me llegaban como un cuento que tenía poco que ver en lo que me interesaba. Aquí no ha cambiado sino el nombre de las calles. Y no he dejado de estar en mi mundo. Aquí en esta casa de techo bajita, entre estas cercas de piedra que vi cuando nací, en estos cielos y en estos seres acurrucados y envueltos en sus ruanas, en estas penumbras de pueblos que he recorrido a

pie, en burro o en bicicleta, en estos páramos nublados, en estas sombras que deambulan desde siempre con el saludo entre los dientes, los perros cabizbajos que siguen a los agricultores a sus labores... Yo iba a lo mejor viendo el mundo del revés; y claro, la gente estaba preocupada por cosas muy lejanas, que uno no puede remediar. Y mi única música era el jolgorio de la peonada que hacía sus faenas en el campo bajo la límpida pureza de estas alturas. Ahora no. Ahora los sonidos azoran, ¿no le parece?; la gente como que ha ido perdiendo el gusto por lo bueno. Pero gracias a Dios, todavía cantan algunos pájaros y de vez en cuando podemos sentir el mismo cielo de nuestros abuelos”.

Y me decía: “—Esta es la única manera de conocer la revelación de Dios: a través del hombre”.

En la plaza me encontré a un grupo de amigos que había venido de Mérida. Y cerca de la iglesia compré una botella de brandy (malo y barato). Estaba compartiendo con nosotros un joven empleado de la Biblioteca del edificio administrativo, empecinado comunista y que entonces estaba empeñado por llevarme a su lar nativo, Pueblo Llano.

A la hora de la cena, contando los pocos reales que llevaba me fui con mi familia al único restaurante que había

en San Rafael. Lo regentaba una señora francesa, artesana a juro y recién establecida en Los Andes. Cuántas ganas tenía yo de tomar una copa de vino regular, en aquel frío tan intenso, y la señora sacó una botella de vino californiano Mason que apuré sin aliento.

De vuelta a la plaza encontramos un ambiente de lánguidas canciones, con violines desafinados que tres campesinos serruchaban mecánicamente. Fui a unos bancos entre unos pinos erguidos y tupidos, cuyas ramitas yo cortaba y me entretenía disfrutando de su olor. Se esperaba a un grupo coral de la Facultad de Ingeniería, dirigido por el profesor Orlando Chacón. Estaba contratado para actuar en la iglesia, no en la plaza. Ya yo había escuchado a este grupo musical en el auditorium de la Facultad de Ciencias. Un grupo, que luego de una ausencia tan larga de mi país, me integró a la savia de mi tierra, a la dulce serenidad de mi infancia. Ya se sabe que lo que se llama felicidad se compone de unos pocos sentimientos.

Pero allí en San Rafael, comprobaba que había muchos sentimientos cancelados e irre recuperables. Cosas sobre todo de la edad y de los cambios sufridos por el país el cual entraba en los gozos deprimentes del consumo; donde la gente ahogada por los aparatos no tiene tiempo para comunicarse

ni para sentir el calor humano. Ya tarde, como a las once de la noche, hicimos la promesa de venir de madrugada, a las cuatro, al primer aguinaldo.

Promesa que no cumplimos.

Me dormí con la bondadosa imagen del artista de El Tisure, cuando me extendió su mano.

A las seis de la mañana me di un baño con un agua tan helada que se me congeló el neuma. Nos habíamos alojado en un hotel de Apartaderos, con ese estilo de casas alpinas, de techos prolongados y estrechos.

Sentí escalofríos y comprobé que tenía fiebre. Para olvidarme de mi mal, salí a dar una caminata bajo el cortante frío de la siete de la mañana; me metí por la pendiente de un retorcido caminito y a lo lejos vi a una vieja ordeñando. Le pregunté:

—¿Vende leche, señora?

La mujer gruñó algo y para entenderle mejor traspasé una pequeña verja.

—Permiso—dije y me le acerqué.

—Ya usted está adelante—y siguió ordeñando como si nada.

Me senté en un pequeño montículo de tierra y me puse a contemplar la espuma de la leche caliente, de la cual se desprendía un olor a nada. Veía cómo la vieja apretaba las tetas y fluía aquel blanquísimo líquido; cogía espuma de la olla y con ella sobaba las tetas y luego con destreza volvía a apretar y a jalar. El chorro era denso y recio y la espuma desbordada por la taza, blanquísima, caía y se desvanecía entre el barro.

Y la vieja comenzó a hablar sin que le preguntara nada:

—Tengo solo dos vacas. Son muy mansas, lo que pasa es que esa latición de perros me las ponen nerviosas.

—¿Cuál es el tiempo de vida de una vaca?

—No lo sé. Tuve una que me duró diez años porque se me embarrancó. Otra vivió menos porque se ahogó. Esta que estoy ordeñando me costó dos mil quinientos bolívares y no me arrepiento. Una vaca hace mucha falta. Esta se llama Gocha, y se va por esos cerros pa'allá arriba, y apenas le grito: ¡Gocha!, cuando la tengo a la pata de la cerca. Por aquí a la gente se le pierden las vacas; a mí no. Las que tengo son muy obedientes.

A las ocho de la mañana regresamos a San Rafael y nos detuvimos en la iglesia de piedras, donde encontramos, so-

litario, al señor Juan Félix. Me pareció buen momento para hablar con él, pero en cuanto descendimos del vehículo un enjambre de curiosos lo rodearon: *hippies*, turistas, periodistas, *cámaramen*, y algunos niños desaseados que siempre están pidiendo plata. No obstante pudimos entrar por primera vez en la capilla.

Un tabernáculo bien iluminado con luz natural y decorado con focos de carros viejos y flores artificiales en el altar. Nadie entiende cómo puede sostenerse aquella armazón de piedras que parece no llevar una pizca de cemento. Sin columnas ni vigas ni cabillas; las formas convencionales de la arquitectura euclidiana. El señor Juan Félix se ha hecho famoso y a la gente le encanta la fama y hace inconscientemente esfuerzos por maravillarse ante lo que él hace. Un día el artista le dijo a un grupo que lo rodeaba: “—Lo que yo hago es feo”, y la gente creyó un deber defenderlo y le contestaron: “—¡Cómo va usted a decir eso, Juan Félix!; ¡si todo lo suyo es muy bonito!”.

“—¿Pero por qué hacer en estos tiempos iglesias de piedra?”—preguntó alguien que consideraba mucho mejor la del pueblo de San Rafael.

“¿Dónde ubicar la obra de don Juan Félix, en esta Venezuela petrolera que subsidia a los artistas nacionales? Lo que se

percibe es que cuanto hace este artista popular está fundado sobre una gran fe, sobre una sublime y candorosa paciencia. El arco de la entrada se levanta con menudas piedras blancas. Una amorosa selección de ellas en los ventanales sostenidas por largas y fuertes lajas negras; la claridad natural que llega al altar mayor es de un amarillo intenso en los días claros. Sobra la luz, concentrada por los haces que se filtran por los muy bien ubicados ventanales y que opaca o disimula la de una lámpara eléctrica. El piso es de enormes lajas negras, bastante parejo.

Sólida estructura de piedras de distintos tamaños y colores. En el altar mayor, tallada en madera por la propia mano del artista, se encuentra la Virgen de Coromoto, apacible y resignada. Llama la atención que sobre el lomo de la virgen, algunos turistas han dejado marcados nombres y fechas. Es de regular tamaño la virgen, de medio metro más o menos. (Esta es la virgen que querían tener para sí la pareja de Valencia, la que el día anterior habíamos visto en casa de Epifania). Muchas han sido las piedras que se han ido extrayendo hasta el punto que en ocasiones pueden verse agujeros en las paredes. Se llevan las piedras como amuletos o *souvenirs* de Los Andes. Quién sabe.

Distinguí al señor Sánchez, que buscaba apoyarse en un pequeño muro frente a la iglesia, allí como cicerone de su

propia obra, por pura bondad y nobleza; el anciano conversaba con los visitantes. Él preguntaba:

—¿Les parece bien?

—Bellísimo—le contestaba la gente.

—No; je, je, jeee—reía Juan Félix.

—Bellísimo no, maravilloso—añadía una señora que no dejaba de tomarle fotos—: Estas fotos las voy a mandar a enmarcar en oro.

—¡Mágico! Sencillamente mágico— se adelantaba otro que le pedía un autógrafo.

El anciano balancea la cabeza porque no conoce tal vez cuál podría ser el sentido de lo mágico en su obra. ¿Por qué mágico? Ni afirma ni niega, pero se muestra escéptico.

Otras expresiones turísticas que abundan son: “Sublime”, “especial”, “único en el mundo”, “espectacular”. El viejo se decía: “No es para merecer elogios”.

Se observa que la gente piensa que de él brota algún maná, el secreto de algún poder para hacer fortuna de la nada. Le miran y le remiran tratando de encontrar ese don novedoso por el cual se dice o han leído en la prensa que es un artista popular. Al final, por si acaso, le dan un beso en la mejilla y se despiden llevando

consigo una foto a su lado. Como todo lo da, las gentes que han escuchado de su infinita generosidad quieren algo para sí, y entonces le piden tallas, cobijas, ruanas, vaquetas, y cuando se dan cuenta de que el anciano no puede satisfacer a todos entonces optan, como dije, por arrancar las piedras de su capilla.

Alguien le preguntó si no le molestaba que estuvieran arrancando las piedras de su iglesia, y él contestó:

—Pues claro. No puede gustarme. ¿Le gustaría a usted que le arrancaran el pelo? Si las he puesto en un lugar es porque allí deben estar. Son ellas, las que han pedido el lugar que les he dado. Déjenlas tranquilas. Je, jee, jeee—ríe.

Por arrancarle a él el pelo, como dice, se llenaba todo aquello de carros.

—Si quieren piedras— le dice a la gente—, cojan por el monte. Un día voy a hacer una capilla para que la desgranen toda. Voy a hacer una por año. ¿Por qué en lugar de piedras no me llevan a mí? —Jee, je, jeee—. No me hagan caso; llévense lo que quieran.

Miro hacia las montañas e imagino que el anciano debe

tener una reserva de piedras que están esperando por un especial lugar, según mandato de Dios. “—Hay muchas cosas sin lugar y el hombre está para darles uno. Cada asunto en su lugar” —dice jugueteón y añade al que le pide algo: “—Búsquese su lugar, caramba”.

Así como un escritor va haciendo anotaciones que le servirán para estructurar alguna idea, don Juan Félix va por los caminos seleccionando, calculando, sobando las lajas, las piedras, recogiendo algún trozo de raíz, un palo, y lo que palpan sus manos es para luego transformarse en espacio de su inspiración: la magia o el don que algunos mientan, y el artista llega a casa cargado de objetos diversos que comienza a armar, y van saliendo bastones, sillas, soportes para materos, figuras santas: levantándose el mundo de los seres de su imaginación con vida propia.

Atento a los detalles de cualquier cosa que el hombre haya creado; todo llama su atención: tantea; ve un palo y lo soba, porque como ha ido perdiendo un poco la vista, sus manos saben valorar lo que “más importa”.

Es que ha vivido entre criaturas que solo a él le hablan y le reconocen. Y su alma vive mezclada con estas criaturas. Se necesita humildad para conocerlas, para obtener su

confianza. Él se acerca a ellas, se abandona. Las llama. Entonces aparece su primitivo ser que le advierte de los detalles y que acaban por darse su propia forma, cuando modela sus “muñecos”. La transparencia del fervor divino. Muros en los ventisqueros de su soledad: música de páramos tan propicia para el recogimiento: la voz misma de Dios absorto en el laberinto de las formas que corren parejas con la supervivencia de sus manos; piedra sobre piedra con las que ha hecho su propio templo; simbología de altares y de la liturgia de un perfume de memoria que solo se conoce en la infancia. Incienso o gestos paralizados de ángeles viscosos o aletargados en la cotidiana eternidad del vacío.

Su frescor primitivo, esencia de los primeros fundadores de la Iglesia, y el calado con música lánguida de páramo que brotan de sus imágenes santas; ecos solemnes que nos recuerdan a San Agustín cuando dice: “Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde te amé”.

Entre dogmas y limosnas

Se respira sencillez y necesidad de honrar a la completa nulidad de la persona. A la máscara, digamos. Por ello, inconscientemente se le busca, cansada la gente de su fatua urbanidad.

“—Allá usted si se mete a honrar a Cristo sin permiso de la Iglesia”. Le dijeron: “—Si lo hace como seglar, como advenedizo, por la puerta de atrás, aténgase a las consecuencias. ¿Pero quién es usted señor? ¿Qué barbaridad es esa? ¿Ahora todo mundo cree que puede convertirse en conducto de la palabra de Dios y ejercerla desde cualquier púlpito?”.

El señor Sánchez saca a Dios de su embeleco en el cielo y lo mete en su cueva fría y húmeda y lo pone a vivir a su lado. Los curas inteligentes tienen que venir a su cueva a comprobar esa veracidad de dulzura divina que emana de sus manos. Descarnado de dogmas y devolviéndonos la poesía popular de Marcos, Lucas y Mateo. Porque Jesús está allí como en su casa, entre frailejones que le traen donde nace El Chama, entre la mejorana y cínaro, el campo fresco de todo el páramo metido en su cueva.

Al cura de San Rafael le indignaba que la gente considerara a aquella “pocilga de piedras”, lugar donde se pudiera orar a Dios. Lo que más le molestaba era que alguien fuera allí a dar alguna limosna. Como más gente se concentraba en la capillita de Juan Félix, que en su amplia y muy cómoda iglesia porque allí la gente se sentía más cerca de Dios, el cura de San Rafael harto de este despropósito comenzó a tomar las previsiones para adueñarse de la llave de la alcancía. “Esa criatura no puede saber ni entender lo que es Dios, por lo cual no debe recibir ni un céntimo en nombre de los creyentes”.

Para la Iglesia de San Rafael, si algo de valor tenía lo que hacía don Juan Félix Sánchez era el bien material, contante y sonante de la limosna que los turistas dejaban en la capillita.

Este desprecio de la Iglesia hacia un artista popular que desea honrar a Dios se siente también de los señoritos y burgueses de la región de Los Andes venezolanos, dominada desde siempre por los abuelos o tatarabuelos de los actuales socialcristianos, por los conservadores con más apellidos que cabeza.

Entre algunos personajes ligados a la cultura que en aquel momento mostraban especial aprecio al venerable anciano se encontraban: el padre Arturo Sosa, Alberto Arvelo, Dennis

Schmeichler y Robina Hill, todos ellos miembros del llamado Grupo Cinco¹, y que conformaban una fundación cuya función principal consistía en velar por la obra del viejo.

Los jóvenes que dirigían la OJP sentíanse con más derecho a ser los verdaderos representantes de su obra por cuanto eran de la región, “lo amamos más auténticamente y conocemos más de cerca sus penas, achaques y dolores”. Y estaban dispuestos a entablar una dura lucha contra el oficialismo y los personajes “extraños” a nuestra cultura a quienes ellos consideraban usurpadores y expoliadores de su obra; mercaderes del arte porque utilizaban al venerable anciano con fines comerciales. Yo llegaba en estas circunstancias tan complejas, al encuentro con don Juan Félix, y me estaba convirtiendo, sin darme cuenta, en una especie de peligroso instrumento de uno de aquellos bandos en conflicto.

Seguí hasta la Plaza Bolívar de San Rafael. La música procuraba insuflar alegría a un pueblo mimético y dormido. Merendamos con empanadas de queso y leche de vaca recién ordeñada. La leche la hervían con hierbabuena y tenía aroma

1. Conformado por Dennis Schmeichler, Nereus Bell, Jerry Joyner, Sigfrido Geyer y Alberto Arvelo. Como se ve, el único vernáculo allí era Alberto Arvelo. Eran los “descubridores” de Juan Félix, y según ellos el Viejo “se hizo a la luz” en 1978 (véase en la pág. 25 de la revista “Artesanía y folklore de Venezuela” (Año IX N° 54, abril-mayo, 1986) el artículo “Juan Félix y la Publicidad”.

y sabor a campo. Vi a un tipo que llevaban y traían con una pierna enyesada, considerado el líder nato del pueblo, simpático, de aspecto recio y de mirada inteligente; un típico caudillo andino. Se presentó como hijo de Juan Félix Sánchez². Me dijo:

—Sea bienvenido, profesor, y considere a este pueblo como suyo. Y si quiere llevárselo, lléveselo.

Pasaba aquel hombre por mal momento.

Día brillante, el cielo estaba limpio de una nitidez que hería los ojos, y podía verse el perfil grisáceo de los enormes picachos que bordean la Mucuchachí, Llano El Hato y Mucuchíes. ¡Hermosos días de diciembre, cuando se respira el aire más puro! A eso de la una de la tarde se dio inicio a los actos de clausura de aquellas jornadas culturales y deportivas. Se confirmó una vez más la noticia de que don Juan Félix donaba el terreno frente a la iglesia para que se echaran las bases de una sala-biblioteca, como la querían los muchachos de la OJP. Todos los que en aquel momento se encontraban a mi lado miraron hacia la casa verde, que permanecía enmudecida por dos enormes candados en su puerta principal. De modo que

² Con el tiempo conocería su real nombre: Omar Monsalve.

la inspiración primera de la donación de este terreno nació por iniciativa de Juan Félix, viendo que al Gobierno nada le interesaba la cultura.

Estaba alegre el artista, sintiendo por primera vez que la gente de su lar nativo hacía esfuerzos por salir del penoso bochorno en el que siempre había vivido. Por lo menos así lo denotaba una juventud briosa, fuerte, estudiosa y sencilla, que no estaba envenenada por la diatriba ni la manipulación de los partidos.

—¡Al fin San Rafael despierta, carajo!
Porque el prefecto Jesús Manuel Moreno, oyendo hablar de que iban a instalar al lado de su oficina un taller para tejer, tallar y manejar la arcilla, habría dicho: —Aquí lo único que tiene importancia y valor es lo que yo hago: ejecución de actas de defunción, de matrimonio y de nacimiento. Lo demás es ristras de morcillas para habladera de pendejadas.

“Mejor así—me dije—porque como los muchachos querían que esa sala llevara el nombre de Juan Félix y Epifania Gil, la negativa del prefecto Jesús Manuel Moreno ha estado de acuerdo con Dios, a quien seguramente habría molestado que estos dos nombres sagrados aparecieran al lado de una prefectura”.

Como punto primero del acto de clausura quisieron los dirigentes de la OJP que se hiciera una caminata desde la plaza hasta el terreno, para sacralizar el acto con la colocación de una placa. Lástima que el cura ensoberbecido en su investidura se negara a asistir, pues él monopolizaba toda el agua bendita del pueblo, sin la cual la ceremonia perdía la aquiescencia eclesiástica. Presidían la marcha, Juan Félix y su esposa Epifania.³

Los muchachos sacaron los estantes de metal que no hallaban dónde colocarlos y los llevaron hasta aquel terreno, como muestra inicial de lo que sería el lugar que buscaban. En los estantes colocaron algunos libros. La visión de aquellos estantes sobre un terreno baldío y pedregoso parecía una imagen surrealista o un elocuente espectáculo lunar. Luego los jóvenes cantaron el himno nacional y se develó la placa.

Algunos comentaban la total ausencia de las autoridades de gobierno y de la Iglesia. “—Por ejemplo—dijo alguien recién llegado de Mérida, el obispo don Miguel Antonio Salas no puede venir porque está atareado con la instalación de la Primera Convención de Prefectos Merideños, en la que tiene

³ Entonces creía yo que Epifania era su esposa.

que dirigir la palabra. Es muy importante su presencia allí, pues asistirán 54 prefectos de toda la región y él aprovechará la ocasión para solicitar la colaboración de los mismos, con motivo de la visita del Papa a Mérida”.

Tardíamente llegó la excusa de monseñor Salas a la coordinadora de Cultura, la señora Carmen Delia Bencomo. Los jóvenes de la OJP no dejaban de sentirse orgullosos con cuanto habían logrado, pues la biblioteca, cuyas bases estaban siendo echadas, estaría en el poblado más alto de Venezuela, e iba a constituir un gran estímulo para la lectura. Iban a tener libros que siempre se habían deseado e iban a tener espacio para leer. La gente ya no tendría excusa para perder el tiempo hablando pendejadas en las esquinas, divagando sobre tonterías de partidos políticos ni sobre las frivolidades que difunden nuestras televisoras.

Fue así pues, como conocí personalmente a don Juan Félix Sánchez, y quedé para siempre comprometido con su vida y con su obra. Mi relación con él sería para aprender a comprender la vida y el deseo de comunicarme con su corazón, de entender su desinterés por el mundo material, por acercarme a su honesta y noble manera de ver y entender el mundo. Nunca tuve participación de ningún tipo en la fundación que quería hacerse con su nombre,

y cuando me invitó lo rechacé. No tengo del viejo un solo objeto que sus maravillosas manos hayan moldeado.⁴

Hubo un tiempo en que la soledad del viejo fue total. Era famoso, pero carecía de verdaderos amigos. Había perdido la amistad de muchos de sus antiguos camaradas, campesinos, por caer en la barahúnda de los mercaderes del arte, en los inventos de premios y condecoraciones, y sobre todo de los promotores artísticos que por millares pululan en los gobiernos. Esto incluso llegó a desquiciarlo un poco. Tenía el corazón destrozado; jamás había llegado a concebir de lo que es capaz la gente por el dinero: lo sacaron de su refugio de El Tisure, y lo convirtieron en el centro de una lucha despiadada que le envenenaron totalmente sus últimos doce años de vida.

4 Hoy, cuando reviso estas notas – 27 de septiembre de 1994 – encuentro que de aquel mar de personas que se convertían de la noche a la mañana en agentes de sus obras, en difusores de su vida y soldados defensores de su tesoro moral y espiritual, de todo ese pelotón que se renovaba cada seis meses, no queda casi nada; de aquellos que conocí por 1984, y que le rodeaban con solícito empeño de protegerlo, solo quedan los esposos Gutiérrez: Orlando y Gloria, y el padre Alfonso Albornoz. Otros que tal vez también le quisieron con devoción sincera, se apartaron de su persona al ver el mal que se le ocasionaba al viejo y al mismo tiempo al verse forzados a tener que cerrar los ojos, y con ello ser cómplices de los diversos intereses que aviesamente rodeaban al viejo. Yo sí tomé parte, creyendo que podía impedir algunas injusticias. Fue un error.

A partir de 1984, la vida de Juan Félix se fue tornando una leyenda y alrededor de él comenzaron a tejerse toda clase de cuentos e historias: que tenía una docena de hijos, que era un millonario con muchas botijas de oro escondidas en San Rafael y El Tisure; se tiene por cierto que desde pequeño se la pasaba haciendo casitas de barro; a los ocho años hizo una turbina; y acompañaba a su padre en las duras faenas del campo; buen baquiano por sobre los lomos de las infinitas serranías de aquellos parajes y más de una vez debió haber ido a pie hasta Barinas y regiones colindantes con el estado Zulia. Un día se fue a Maracaibo y trabajó por allá como panadero. Volvió al pueblo de San Rafael con la aureola de mago por haberse perdido por tanto tiempo. Y un día que pasaron unos maromeros se metió a payaso. Y fue payaso hasta que se dio un golpazo en un ojo que lo dejó turulato varios meses.

Deambulaba buscando un oficio, una disciplina en la cual emplear su tiempo, y sabía que eso que buscaba debía acercarlo a Dios, y que Dios a diferencia de lo que suponían las viejas beatas del pueblo, no estaba en la misa de los domingos. Comenzó a reconocer a Dios en cierto ensimismamiento que lo absorbía completamente cuando se entregaba a la contemplación de minúsculas cosas: un pájaro que cantaba, una liebre que se le acercaba, las for-

mas de las piedras que eran testigos de la eternidad del Universo; toda esta contemplación que lo sumergía en el reflejo de su propia alma, y lo anulaba por completo del mundo. Este silencio interior, este divino y silvestre divagar por las prístinas e inmaculadas soledades de los páramos, le abrió de modo definitivo el camino de esa sencillez espiritual que ha sido la marca perenne de su hombría y de su nobleza.

Hasta que un día vio en una piedra algo parecido a la imagen de una virgen, y no era que en sí allí hubiese una forma convencional de las que se ven en cualquier tienda de objetos religiosos: sintió la fuerza de la creación, de que aquello tan inocuo y baldío él podía darle vida propia.

Entonces dejó de ser el hombre que quería encontrar a Dios en las cosas externas. Y reconoció a quienes lo olvidaron y a quienes se fatigaron de buscarle y que decepcionados de sí y de cuanto les rodeaban optaron por volverse cínicos y perversos.

Optó por adquirir, desde aquella época, un raro silencio que preocupó a la familia. Pasábase horas y hasta días en una pequeña lomita desde donde veía al pueblo.

Era un tipo de una idea fija. Y por una singular suerte, una mujer pudo cuidarlo: Epifania Gil; el mismo tipo de complemento femenino que salvó de la locura a sabios como José Francisco Torrealba y Armando Reverón. Hace falta una compañera en esta vida, la compañera que no tuvo un José Antonio Ramos Sucre, Pío Gil, Van Gogh, Argenis Rodríguez y por lo cual la vida se les hizo un infierno. Y la verdadera iglesia de Juan Félix es Epifania Gil; su hacendosa fidelidad, su serena sumisión y amor; su cuidado y su pureza.

Como colofón a este primer capítulo hay que decir que en aquellos días la Nación tenía la mente fija en la próxima visita que nos haría el Santo Padre. “¿Para qué ver al Papa, si tenemos a Juan Félix tan cerca?”, me dije una y otra vez. Y estoy seguro de que Juan Pablo II coincidirá conmigo en este respecto. “¿Para qué ir a la Basílica de San Pedro, si tenemos la capilla de El Tisure o la de San Rafael?”. Este es el simbolismo que nuestra Iglesia no comprende, y del que estaban profundamente empapados los primeros santos.

Nuestros pecados están aquí, y no hay que ir a Roma para expiarlos

Así fue, el Papa nos visitó sin llegar a conocer a uno de los venezolanos que más cerca estaban de Dios. ¡Qué “hermosa” parábola cristiana!

La familia de Juan Félix

POR AQUELLOS DÍAS, DE FEBRERO DE 1985, Ismael y Pocho mediante una extraña decisión, trasladaron a Mérida a Juan Félix y Epifania. En una camioneta marrón, bastante usada y de la que se llegó a decir era propiedad del viejo, siempre conducida por Ismael, cargaron con bastantes enseres de la pareja en un proyecto que implicaba una larga estancia en la capital del estado. Los viejos sumisos y obedientes, entregados a las decisiones de estos jóvenes, fueron sacados en el mayor sigilo, pues nadie en San Rafael se enteró del viaje. Probablemente se trataba de desconcertar al Grupo Cinco.

En aquel viaje, me referiría luego Pocho, cuando pasaban por Los Aleros, ese Disneyworld andino, que estaba en boga y todavía en construcción, Juan Félix comentó: “—Un lugar muy bueno para que lo visiten pendejos”. Era el tiempo en que el bolívar se devaluaba y los noveleros no podían viajar a Estados Unidos. Los Aleros es la representación de un pueblo andino que procuraba recrear una aldea de la época de Gómez; se muestran objetos de la época, donde resalta una vieja estación de gasolina. Se le contó a Juan Félix que para entretener a los visitantes se les paseaba en un vehículo viejo,

sin puertas, el cual era “asaltado” por unos “forajidos”.

—De que los asaltan los asaltan – dijo el viejo riendo.

Escenas copiadas de los *westerns* norteamericanos y que se ven en varios centros de recreación de California. Cuando se llegaba a este prospecto de pueblo antiguo se recibía al turista con música andina, que era amenizado en medio de un jolgorio y un teatro montado por un estrafalario matrimonio; la novia era una voluminosa mujer de unos setenta años, con su vestido de encajes ampulosos, el *bouquet* hecho con azahares y un tocado de tul. Para entretener a los visitantes, esta dama bailaba con cualquier atrevido mozo en medio de bromas y versos de doble sentido. Aquella señora, sudaba la gota gorda tratando de ser divertida, pero no dejaba de ser un espectáculo más bien deprimente. Un día a la pobre le falló el corazón en plena jarana.

Juan Félix y Epifania fueron llevados, a una residencia para estudiantes que Pocho tenía alquilada en el barrio Andrés Eloy Blanco. Era un caserón con poca fachada y bastante fondo, con un estrecho pasillo de varios niveles; a medida que uno descendía iban apareciendo muchos cuartos donde vivían varios jóvenes de San Rafael.

En esa casa sostuve largas conversaciones con Juan Félix. Algunas pude grabarlas. Mérida entonces vivía un fervoroso estado religioso (y comercial) por la pronta visita del Papa. Una larga cadena de tarantines había sido colocada en las principales avenidas por donde pasaría el papamóvil; eran para ofrecer víveres y objetos religiosos a los fieles. Una rememoración de aquellas antiguas fiestas de Passah cuando se recibía al sumo sacerdote y llegaban de Jerusalén numerosos peregrinos con licencias para colocar puestos de venta. Hubo quienes exageraron la nota y se excedieron en la cantidad de fritanga cuyos olores llegaban a doscientos metros a la redonda; podían verse en las vitrinas, apiladas, centenares de arepas, dos días antes del fenomenal acto. Las tostadas y las empanadas, junto con la chicha andina y el mondongo fueron preparadas con varios días de anticipación a la llegada del santo Padre.

Probablemente se creyó que el fervor sería tan mayúsculo que la gente ocuparía los principales lugares hasta con una semana de antelación. Los ricos estaban felices con Dios, los pobres resignados con su Iglesia, pero devino una catástrofe nadie se explica por qué: No se vendió lo esperado y mucha gente perdió hasta la fe en los evangelios.

Luego que cumplía mis obligaciones con la ULA, todas las tardes me iba a departir con el viejo; un ritual parecido al que

hacía cuando siendo estudiante en la Universidad de California, San Diego, realizaba diariamente, al escritor aragonés Ramón J. Sender. A lo largo de mi vida, siempre he tenido a un viejo con quien departir sobre lo divino y lo profano. En Mérida estas clases de amistad se me multiplicaron por siete: el padre don Santiago López Palacios, la señora Otti Palaush, don Marc de Civrieux, don Andrés Zavrostky, don Eloi Chalbaud Cardona, su hijo Carlos y don Juan Félix Sánchez.

Y libando café, hasta tarde en la noche, el viejo fue refiriendo retazos de su vida:

—Mi mamá era muy caritativa y religiosa. Y papá nos crió con mucho régimen. Nosotros lo respetábamos muchísimo. Por la noche rodeábamos a mamá quien nos enseñaba rezos, y luego pasábamos a rodear a papá quien nos daba consejos. Y sentíamos por él un respeto enorme. Nos decía que nuestro empeño debía ser el trabajo de la agricultura. Tenía un carácter fuerte y a Dios gracias nos enseñó a ser respetuosos.

—A los varones, que éramos tres, nos puso en la escuela. Yo era el muñeco, el menor. Yo fui aficionado a estudiar. Florencio, el mayor, aprendió muy poco. El del medio, Florentino, aprendió aliguito más. Yo iba adelantadito porque mi maestro me quiso muchísimo, y tenía el empeño de que aprendiera algo. Y estuve en la escuela hasta después de

joven. Mi maestro me decía: “—Yo le enseño hasta lo que sé”. Después quiso que mi papá me buscara una colocación en un colegio. Pero no. Mi papá quiso que siguiera trabajando en la casa. No puso empeño en que me enseñaran más cosas. Yo sí quería, pero no... Y yo por obedecerle, me dediqué a la agricultura. Yo siempre tuve deseos de estar ocupado haciendo algo, y eso se lo agradezco a mi papá. Él me enseñó a no estar perdiendo el tiempo.

—¿No te pesa haber abandonado los estudios?

—No. Porque de mi papá, como le digo, aprendí a no perder el tiempo, siempre encontraba algo que hacer en las pequeñas cuestiones de la casa; él nos metió la costumbre de levantarnos temprano y dedicarnos a las labores del campo. Ahora es cuando no sirvo para esos menesteres, y no por voluntad, que me sobra. Asunto de la edad. Por su lado, mi mamá se ocupaba del favor del prójimo. De la caridad. Ella poco aprendió a leer. Mi papá sí sabía. Yo he sido el de la familia el más aficionado a la lectura.

Sus lecturas

—¿Y qué libros leyó en su infancia o en su juventud?

—Bueno, los libros dicen muchas mentiras. Cuando hablan dicen hartos inventos, porque imaginan dema-

siado. Claro, los cuentos son útiles porque distraen. Hay un libro que me trae muchos buenos recuerdos: *Vida de la santa Genoveva*.

Quédase pensativo un rato y de pronto comienza a referir:

—Genoveva era hija de unos sultanes. Se casó con un conde. Ella era muy virtuosa. El conde tuvo que ir a la guerra y dejó encargado de su casa a uno de sus mayordomos; éste se enamoró de Genoveva y quiso sonsacársela al conde, y la asediaba mucho. Como ella lo rechazaba, entonces el mayordomo comenzó a mandarle cartas al conde en las que le decía que ella se había vuelto tal y tal, una completa vagabunda en fin. Y entonces el conde ordenó que la metieran en una prisión. El mayordomo cumplió la orden. Para esa época estaba embarazada de su marido y la pobre mujer dio a luz en prisión. Al niño por nombre le puso Desdichado. Acostaba al niño en un poco de paja, que colocó a su lado. Es una historia bonita y tiene partes que causan mucho pesar. Tenía la pobre una sirvienta que la visitaba de noche, a escondidas, y con ella dejó a su marido una carta en que le explicaba todo. Le regaló a esta criada un collar para que se acordara de ella. Me impresionó el asunto de la muerte de la santa, y una cierva que tenía

se echó sobre su sepultura hasta que murió. Tendría yo como veinticinco años cuando leí ese libro.

Guarda silencio, mira a los presentes con su ingenua mirada, como esperando alguna reacción a sus palabras. Sonríe. Luego añade:

—Me gusta leer vida de santos. Recuerdo algo que leí sobre San Francisco de Asís, regándoles trigo a los pajaritos para que comieran.

Vuelve a callar. Nos damos cuenta del interés que pone en la amistad del hombre con los animales. Alza un poco la mirada, como tratando de recordar algo, seguramente relacionado con su infancia. Añade:

—Recuerdo un libro muy bonito: *El niño abandonado*. Una mujer que le salió mala a un hombre y tuvo un hijo con otro. Para que el marido no lo supiera, recién nacido, lo echó al monte. Alguien lo recogió, y lo formó. Este niño llegó a ser un hombre muy importante. No recuerdo quién lo escribió. Ese libro lo leí en El Potrero cuando tenía unos treinta años. Yo a veces lo leía en voz alta para los demás. Lo leí varias veces procurando que se me quedara en la cabeza.

—¿Y Doña Bárbara llegó usted a leerla?

—Yo vine a leer *Doña Bárbara* ahora recientemente; hará unos siete años, porque un amigo me regaló las obras completas de Rómulo Gallegos.

—¿Y de Andrés Eloy Blanco, que sabes?

—Nada. Libros de Andrés Eloy no tengo.

—¿Ni siquiera el poema sobre la Loca Luz Caraballo, lo has leído?

—Nada de nada. Ahora es cuando la mencionan porque han puesto en Apartaderos un monumento. Yo antes no había escuchado mentarla.

—Otro libro que me gustó mucho, es *El Mártir del Gólgota*. De ahí saqué muchas ideas sobre la vida de Jesús Cristo. A Epifania también le gusta mucho ese libro y en los ratos libres lo leíamos en el patio. Este libro lo leí a principios de los años cuarenta. Pero ése era una versión en dos tomos, el que tengo actualmente no es completo y me lo regaló el padre Arturo Sosa. De los autores no me acuerdo. De ese libro me salió casualmente la idea de dedicarle una capilla a Dios. Tengo otro: *La vida de Jesús*, y del autor no me acuerdo.

Sigue recordando. Guarda silencio con la mirada terciada al techo. Suspira y queda como degustando un recuerdo que

no se atreve a compartir. Sus ojos ya de un color indefinido por las brumas de los años se empañan también por la emoción de algún doloroso recuerdo. Dijo para cortar tal vez el peso de tantos años agolpados en su cabeza:

—Leí también una historia de Los Andes venezolanos. Allí se mencionaba que la madre de Juan Vicente Gómez era colombiana. Después de muerto Gómez, es cuando lo han comenzado a despreciar. No sé en qué fecha leí ese libro. Oigan—y se ríe, y como recordando cosas inciertas que suelen traer los libros, agrega preocupado—: ese libro que publicó Dennis (Schmeichler) sobre mí tiene algunos errores. Por ejemplo, hay una cuesta que debe llamarse Palo Quemao y él le puso como Cerro Quemao. Sobre el cuento de Bolívar, cuando Bolívar le preguntó al soldado que si conocía aquel hombre y él contestó: “¿Cómo no lo voy a conocer si comíamos juntos en la casa?”; bueno, él colocó “almorzábamos juntos”. Hay también errores de fecha.

Chistes

—En los primeros tiempos de don Juan Vicente Gómez no había teléfonos. Cuando llegó la novedad, Eustoquio, el hermano del presidente, quiso comprar uno de esos aparatitos. Una vez que se lo instalaron se le ocurrió

a Juan Vicente comprar un par de zapatos y pedirlos por teléfono. Le echó manilla al aparatito y de allá le contestaron: “—A ver, ¿qué número?”. Juan Vicente le respondió: “42 anchitos”. Y sacudiéndose las cenizas del tabaco, decía: “Ah, miren, que saben lo que uno necesita. ¡Qué bueno es el teléfono!”

Con cuánto gusto se reía Juan Félix. Y pronto acudieron a su mente otros cuentos.

—Cuando estaban instalando el telégrafo de Barquisimeto a Caracas, resulta que se acabó el alambre. El caporal fue en busca de más material y don Juan Vicente le dijo: “—Mire, vaya a la caballeriza que allí hay alambre; el que necesite lléveselo”. Entonces volvió ante Juan Vicente: “General, el alambre que está allí es de púas. No sirve”. “—Ah carajo —contestó Gómez,— ¿cómo no me di cuenta que podían romper los telegramas?”

Y vuelve a reír con su voz cascajosa. Quédase pensativo: los ojos brillantes y la sonrisa a flor de labios. Se entusiasma con otro:

—Estaba yo en el Potrero, cuando el padre Arturo Sosa se presentó con una pareja. Fuimos a visitar la capilla,

y al entrar, la señora dijo: “—¡Pero qué maravilla!” En el acto le contesté: “Así le dijo la Magdalena a San Juan”. Quedaron todos curiosos. Más tarde le conté al padre Sosa el siguiente verso:

*San Juan y la Magdalena
se fueron a coger mamones
encontraron la mata seca
y se cogieron a pescozones
San Juan se subió a la mata
y se le cayeron los calzones
y dijo la Magdalena:
¡Qué maravilla de mamones!*

Supersticiones

—No señor, yo no creo en aparecidos ni en muertos que salen. ¿Saben ustedes dónde queda el Llano el Hato? ¿No? Allí donde están los aparatos del Astrofísico. Yo trabajaba en ese punto porque mi papá tenía por allí un terreno, por herencia. Y me lo dio para que me fuera a sembrar papa. Yo me estaba con mis peones hasta tarde, para la arrancadura. Me iba con la tardecita y a veces tarde en la noche. Viniendo un día, bien entrada la noche, yo sabía que por el punto de los Biscuyes, subiendo

hacia San Rafael, había muerto un señor que trabajaba la herrería; resulta que componiendo un revólver, fue y se le disparó y se mató; eso ocurrió en una pieza que tenía la puerta para la calle. Aquella noche oí por el lugar unos golpes y recordando al muerto, asustado, di un salto y me pasé a la otra acera. Tendría yo como dieciocho años. Iba andando y mirando para atrás. A lo lejos vi que se asomó del lugar un burro. Entonces me devolví, lo monté y... para mi casa. Es el único espanto que me ha salido.

Los ricos

—¿Qué suple uno con ser rico? El rico cuanto más tiene más quiere. Y cada vez aspira a tener más. Su vida se le va en acumular cosas, ¿pero para qué?, si uno vive unos pocos días. Para nada. Los ricos acaban dañando sus sentidos: primero por lo avarientoso; segundo porque no obran con caridad; tercero porque dejan en pleitos a sus propios seres queridos por asuntos de herencias y reparticiones.

—Antes la gente se conformaba con su pobreza y sufría con paciencia las estrecheces; ahora la cosa es tener de todo aunque no se sepa para qué; ahora el asunto es figurar, ser importante e imponente.

Profesiones

—Ahora los muchachos se instruyen de la noche a la mañana. Vuelan por los grados. Un muchacho que hoy entra en la escuela, pasado mañana es bachiller. Será que hoy es muy fácil aprender. Yo no tengo mucha confianza en esa sabiduría, porque un trabajo que se hace rapidito, rapidito, nunca sale bueno. Anteriormente, para llegar a doctor se tenía que estudiar muchísimo. El que llegaba a bachiller ya se le consideraba una eminencia.

—Un doctor en mis tiempos era un personaje. Sobre los abogados le digo, que un abogado en todo caso obra mal. Esa es una mala profesión. Sobre la medicina le digo que se basa en puro cálculo. Los militares dependen de los gobiernos, y aunque lo nieguen son políticos. Y en la política no hay que creer: si usted es político tiene que vivir litigando, en un perenne contrapunteo con el contrario. El político no puede defenderse por sí solo. Sobre los curas, en cuanto a la ley de Dios, bueno. Pero muchos no saben tratar a la gente y hay quienes regañan a quienes no quieren someterse a la creencia de Dios, que pienso es un error, y también dicen cosas que no son debidas. En ocasiones no se dan cuenta de que hay cosas que suceden por licencia de Dios y ellos las achacan a la maldad de la gente. Que cada uno viva como quiera.

Matrimonio

—El matrimonio es un negocio forzado. A mí nunca me ha tirado la afición por el matrimonio. Verdad es que le propuse a una señorita, hasta era muy bonita, pero era por sí o por no, porque me negaba a estar casado. En cuanto a nosotros, Epifania y yo, ninguno estamos interesados en casarnos. De tal modo que llevaremos la vida así. Veamos qué va a pasar cuando se muera el primer soltero—y se ríe—. A mí no me gustó la proposición que un día me hizo el obispo (don Miguel Antonio Salas) porque quería que yo me casara. Yo cumpla lo siguiente: primero, amar a Dios por sobre todas las cosas y segundo, no jurar su nombre en vano; entonces, ¿por qué motivo casarse hoy si pasado mañana van por esto o por lo otro a divorciarse, habiéndose hecho un juramento de unión eterna ante Dios, de vivir mutuamente y de remediarse el uno al otro en todo momento? Hacer este juramento ante tantas personas y ante la ley del hombre para luego quebrarlo. Pues pa'nada de eso estoy dispuesto. Y tampoco el matrimonio es prueba de amor. Mejor es tener la libertad de decidir cada cual lo que realmente sienta.

La familia

—Mire, los dedos de la mano no son todos iguales. Y así mismo no hay acuerdo. Siempre uno piensa una cosa y el otro otra. A veces esas desavenencias echan al traste todo. Pero padres, hermanos, hijos, deberían vivir mutuamente unos con otros, amándose y ser convenidos en todo.

La religión

No deja de llamar la atención que sean los seculares quienes más interés hayan puesto en la obra de Juan Félix. Claro, no ha sido mucho el bien que se le trajo a Juan Félix, con su “descubrimiento”. Hay que reconocer que la Iglesia ante el expolio de sus obras y otros males del viejo, se mantuvo distante, indiferente, silenciosa.

Dice Juan Félix, refiriéndose a los curas:

—Uno les debe respeto por tratarse de ministros de Dios. Pero a la vez no dejan de ser como cualquiera de nosotros.

Preguntamos:

—Pero podría pensarse que por tus afanes haciendo capillas, tallando figuras de santos, y tu devoción a la Virgen, eres fanático de la religión católica.

—Lo poco que hago no es por fantasía ni por fanatismo; tampoco por buscar nombre o que se publique; aspiro a algo que pueda ayudar, sin ningún beneficio para mí. Quizá no haya encontrado la mejor manera de hacerlo.

—¿Alguna vez has dudado de la existencia de Dios?

—Nunca he dudado de Él. Desde que mis padres me hablaron de las enseñanzas de Cristo, no he tenido por qué dudar de Dios. Se hicieron para mí verdaderas esas enseñanzas. Y todo lo que yo hago lo confío a la voluntad de Dios; y sé que él vigila nuestras acciones. Yo cuando estaba en San Rafael solía confesarme y comulgar. A veces solo comulgaba después de un acto de conciencia que yo me hacía. No es necesario que uno diga sus pecados al sacerdote. Eso que dijo Jesús de dejar padre, madre, hijos y de que lo siguieran, está muy bien dicho. Porque primero está el amor a Dios. Para Dios no

hay imposible. Y eso que dijo en la cruz: “¿por qué me has abandonado?”, no lo dijo por desconfiar del padre Dios, sino por una súplica. Nunca he sentido que Dios me haya abandonado. Ojalá se salvara todo el mundo, las ánimas que están en el purgatorio.

—¿Usted sería capaz de confesarse con el actual párroco de San Rafael?

—No. Él me ha dado qué sentir en cuanto a la capillita. Ha mantenido el interés de cerrarla para que la gente no la visite. Y yo lo que quiero, por el contrario es que se mantenga abierta, para que la conozcan y recen, entren y salgan; no hay nada que perderse allí; y si algo se pierde Dios verá. Al cura de San Rafael le ha dado por mostrar un interés demasiado grande por la limosna que algunos visitantes dejan en la capillita. Eso es lo que le preocupa. Y según entiendo, el cura lo que quiere es que la gente no deje limosna allí, porque él no tiene parte en ella. Carga una llave y quiere buscar la otra para tener completo dominio del lugar. Me dijo el otro día que quiere que la limosna que dejen en la capillita sea para él, y eso a mí no me sirve, porque la gente la deja con el interés de que se adelante algo en las reparacioncitas. No lo hacen para que se las dé

al cura. Por eso no la reparto. Y por eso yo observo que ése es el trinque de él, porque no se le participa de la limosna.

—¿Y qué pasó Juan Félix? La gente que conoce tu devoción sincera por Cristo y la Virgen, creyó que ibas a estar presente en la reciente visita que nos hizo el Papa.

Y pensé decirle: “Nadie, nadie le habló al Papa de ti, de tus capillas de piedras; del pesebre hecho con barro y madera en El Tisure. Pero así son las parábolas divinas. En cambio, rodeaban al Papa, las damas de los cotillones de las ferias partidistas y millonarias de última hora. Las damas ricamente enjaezadas para la ocasión, asiduas al Country Club y cuyos esposos son asesorados por algún comunista y que, claro, necesitan a Dios tanto o más que los pobres o enfermos desahuciados. Las mujeres de los diputados a la Asamblea Legislativa, los mantenidos y acordonados de pelo entero y de medio pelo, que padecen de solemnidad matriarcal y que entornan los ojos cuando colocan en su lengua la hostia purificadora que verdaderamente parecen estar en mística comunión con Dios”.

La crema y nata de la burguesía merideña, curas emergentes o que están a punto de debutar en jaranas de ateneos y

cursillos de cristiandad, los seminaristas y los políticos rodeaban al santo Padre. El pueblo servía como fondo oscuro y lejano, con sus burros y sus ovejas, sus ruanas, para recrear el ambiente y darle el toque exótico o lírico que requería el escenario cristiano de Los Andes para ser transmitido por televisión al mundo. El santo Padre no se enteró de nada de lo tuyo, Juan Félix. Yo sé que a ti eso no te molesta en lo mínimo, pero a mí sí, Juan Félix. No soy santo”.

El viejo resumió su posición del siguiente modo:

—Yo no vine a lo del Papa, porque como la gente habla tanto, decía que los viejitos y los niños podían sufrir algún percance por el tumulto. Que no les iban a permitir estar cerca del santo Padre. Entonces me puse a pensar: para qué venir a estar parado allí, porque de seguro no tendría dónde sentarme, y yo no puedo resistir estar parado por el problema en una rodilla. Entonces consideré que lo mejor era verlo por televisión. Y así lo hice. Además, al pie de una cruz que puse en la capilla referente a las misiones nacionales,... casualmente el mismo día que llegaba el Papa a Mérida, que fue día lunes 28 de enero, ese mismo día estaba yo parando la cruz, sobre la cual coloqué la fecha de su visita. Naitica más supe.

Pero el Papa no debe ser quien sepa de mí, sino yo de él. Y le digo, en la Cruz hice reminiscencia de la fecha de su visita.

José Gregorio Hernández

—En cuanto al doctor José Gregorio Hernández, sí, cómo no, le tengo una especial devoción. Es un paisano que se menciona ya como un santo. Y le tengo una gran fe. Esa capillita que hicimos allá en El Tisure, fue dedicada a él. Yo pensé en él cuando se cumplieron los tres siglos de la aparición de la Virgen de la Coromoto, patrona de Venezuela, y que fue uno de los motivos principales que me llevaron a levantar la capillita de El Tisure.

—No es gran cosa lo que he hecho. Hay inventos que me he impuesto para probar mi propia palabra. Me hice una vez la promesa de no cortarme el pelo durante ocho años, y la cumplí. Uno debe cumplir lo que promete.

Vicios

—Sí, he tenido vicios y ninguno bueno —(se ríe)—. Yo una vez viendo a mis hermanos mascar chimó y escupir, se me metió en la cabeza imitarlos; no sé por qué

me pareció bonito aquello. Y sí, estuve un tiempo escupiendo y comiendo chimó, pero un día hice la promesa de dejar ese vicio y lo paré el 31 de diciembre, entrando al año 1950. Nunca más lo tomé. Cuando consideré que estar escupiendo sin necesidad en nada me beneficiaba, me dije: “¿Para qué vicio de chimó?”, y hasta la media noche del 31 de diciembre de 1949 comí chimó. Lo malo fue que me puse a fumar cigarro para despejar aquel vicio. Y el vicio del cigarro lo dejé el último de junio de 1951.

—Lo que es el vicio. Yo por ahí, por Las Tapias, en la carretera que va a Santo Domingo, como no había lugar cercano dónde comprar cigarro, decidí salir a la carretera para buscar colillas que botaban los pasajeros; cogí por una orilla abajo; muy abajo, tan solamente por el vicio; la primera que encontré me la fumé, y seguí buscando, orilla abajo. Conseguiría unas tres o cuatro, y al regreso tomé por la otra orilla y fui subiendo en el mismo plan. Y me puse a ver cómo el vicio lo pone a uno en cosas que no se deben hacer. Yo le he dicho a Epifania: “—Deje el vicio de chimó. ¿Qué suple usted con eso?” Y ella—entonces ríe el viejo—me contesta que uno debe tener algún vicio para trabajar; que el vicio nos obliga a tener que hacer diligencias para sustentarlo. Aunque sea tener que trabajar para man-

tenerlo. El vicio al menos obliga, dice ella, a hacer la diligencia —y sigue riendo.

De lo feo surge lo sagrado

Construyó Juan Félix su casa cerca de una torrentera, y colocó grandes lajas al lado del riachuelo que pasa por su casa. Hay allí, a la entrada, un pequeño puente hecho con sus manos, de laja también. “Fea” es la capilla, “feo” es el puente, “feas” son sus tallas y “feos” son las figuras de barro que recrean el Calvario de la Capilla. Juan Félix sabe que lo bonito es vulgar. Está él profundamente convencido que esas opiniones son cumplidos exagerados y bondadosos.

Cuando alguien le dice:

—Amigo Juan Félix, la verdad es que yo no le veo ninguna gracia a esto, —él sonríe con una súbita revelación de brillo en los ojos y responde—:

—Así es, eso mismo pienso yo. Es feo, ¿no es verdad?

Juan Félix ama calladamente a sus perros. Ellos le hablan de otras edades ocultas como las miradas perdidas de sus tallas. Juan Félix sin un perro a su lado siente algo de desolación. Esto lo sabe la señora Gloria de Gutiérrez, quien hace poco le envió un fornido cachorro, con un papelito

que decía: “Aquí le envió el perro prometido”. De inmediato Juan Félix lo bautizó “Prometido”. Me he encariñado mucho, porque es feo el pobre —replica—.

Juan Félix de sus obras ha dicho: “*No hay que quitarle el mérito a lo feo*”, por eso no le gusta mezclar el cemento con la piedra, ni colocar tablas pulidas a las retorcidas y “feas” ramas del árbol de cínaro que utiliza para las patas de sus sillas. No hay que quitarle el mérito a lo feo.

Tranquilo vivía este hombre en El Tisure, hasta que le llegó la fama. Entonces las luces del progreso se le metieron en su aposento de trabajo. Cámaras, micrófonos, discursos, premios protectores, aplausos y entrevistas. Fue una especie de alucinación, al ver que sus cosas valían la pena para la gente de la ciudad. Que lo que había hecho como homenaje para sí y para la Virgen era motivo para los encomios más inesperados. Fue una experiencia valedera, pero luego de un largo periplo por ciudades y casas de gobierno, quería regresar a su potrero; él siempre había vivido con poca cosa.

La fama de Juan Félix

Muchos amigos le trajo la fama: Venezuela lo respeta y venera, pero el turbión le llevó muchas obras de su paciente trabajo. Sus mejores cobijas y sillas fueron disputadas como

de inmenso valor y algunas se exhiben en Francia y Estados Unidos. Otras no se sabe dónde se encuentran. En medio de estos vulgares saqueos, cuando han tratado de defenderle, Juan Félix ha dicho sin el menor asomo de molestia: “Que se lleven lo que quieran”.

Ningún sentido de posesión por las fútiles cosas materiales, aunque fuesen sus propias obras de arte, se nota en su carácter y en cuanto hace algo, a pesar de la dura realidad que le ha rodeado, contesta con palabras de agradecimiento para quienes le admiran “su poca cosa”, diciendo: “Están a la orden”.

Uno presiente que Juan Félix siente aversión por el dinero, por la riqueza material; solo le llenan de alegría la amistad, el cariño fervoroso de la gente ingenua que le quiere, los niños, las muchachas de su pueblo y sobre todo sus perros que de nada se quejan y que a nada aspiran. Cuando lo visitábamos, no estaba —como ya dijimos— en casa. Uno pensaba, que tal vez andaba escondido tallando madera. Porque Juan Félix, tanto en El Tisure como en San Rafael tiene sus escondrijos para trabajar; su obra debe ser como un rito, con espaciosos y largos diálogos consigo mismo o con las prominentes figuras que recuerda de su infancia: su madre, su padre y los santos de su devoción.

A eso de las tres de la tarde se le vio aparecer por un cos-

tado adormitado de la calle principal. Casualmente, coincidió nuestra llegada con la de los esposos Gutiérrez que han acudido a felicitarle por el Premio Nacional Aquiles Nazoa. Es un premio que se otorgaba por primera vez y que recaía en Juan Félix. Enhorabuena. Ante los abrazos calurosos de felicitación, Juan Félix daba las gracias y en silencio volviéndose hacia mí, preguntaba en voz baja: “¿De qué se trata?”

Instalados en el pequeño corredor de la casa de Epifania, el señor Gutiérrez le dice alzando la voz:

— ¡De 15 millones de venezolanos usted ha sido escogido para ganarse el premio Aquiles Nazoa!

—¿Quién?— pregunta Juan Félix.

—Aquiles Nazoa, ¿no sabe quién es?

—No, no.

—Es un poeta humorista, muy famoso; yo, la próxima vez que venga —le decía el señor Gutiérrez— le voy a leer de él algunos poemas.

—Juan Félix bajaba la mirada y decía en voz baja: “Aquiles Ochoa”.

—Ochoa no, Nazoa.

—Ah broma Juan...

—La señora Gutiérrez dio lectura al reportaje de *El Nacional* que traía la noticia en primera página. Al con-

cluir la lectura, Juan Félix dijo:

—No es que me lo hayan dado el premio, sino que es probable que me lo den— es la conclusión que saca de lo que le han leído.

—Claro que se lo han dado — ratificó la señora Gutiérrez.— Es algo maravilloso que no esperaba — completó el hombre de El Tisure, pero sin verdadera emoción.

—Por cierto que en aquel momento, la señora Gutiérrez le presentó a Juan Félix una joven que le acompañaba— le decía la señora Gutiérrez:

— Mire, le presento esta joven que tenía mucho antojo en conocerlo.

—Bueno... si ya satisfizo su antojo —decía Juan Félix bromista y sonriente— puede irse.

Entre risas y fotos, la señora Gutiérrez le entregó algunos obsequios, por ejemplo, una crema para afeitarse. Juan Félix que se sentía a gusto, replicaba:

— ¡Caramba, qué broma, pero ya me afeité!

Se destapó un vino que trajo la señora Gutiérrez, se repartió una sabrosa torta y se procedió al brindis de felicitación en medio de fotos y aplausos. Juan Félix decía que el premio

que más le gustaba era el trozo de torta que se comía.

— ¿Cuándo va usted a Mérida? — le preguntó la señora Gutiérrez—.

— ¿A qué voy yo a Mérida?

— Bueno... a recibir el premio; ¿a qué más? ¿Le parece poco? Viene la presidenta del Conac, doña Paulina Gamus. ¡Son treinta mil bolívares!

Caía la tarde con sombras como labradas por Dios cuando nadie lo presiente, y plagiadas por el viejo: aletargadas con inefables ansiedades de reencuentros. “Usted, viejo no hace sino copiar a Dios, y por eso sus cosas le quedan tan magistralmente feas”. La fealdad ejemplar que solo los tontos comprenden. Así es: “No hay que quitarle el mérito a lo feo”...

Aspiro a llegar a los cien y pasar con razón

La gente del páramo —dicen algunos investigadores— es muy católica y a la vez supersticiosa⁵. La soledad, la oquedad de los grandes abismos, el viento frío y seco que solo las almas cargadas de fantasías son capaces de tolerar. Recuerdo

⁵ Entrevista hecha por Sant Roz, el 5 de enero de 1990

una vez que puse frente a Juan Félix un grabador para registrar una entrevista y adquirió tal gravedad y recelo que hube de suspender el trabajo. Me dijo que esos aparatos parecían “hijos del diablo”. Ayer, 19 de enero de 1990, cuando conversaba con él en San Rafael de Mucuchíes, pensé en aquel viejo encuentro, y notando que cada vez escucha menos le decía que por qué no usaba los audífonos; me contestó:

— Si vamos a conversar no me los pongo, porque le oigo como si estuviera hablando dentro de un taparo. Prefiero escucharlo legal.

— ¿Y por qué en ocasiones se los pone?

Entonces brotó su sonrisa ingenua, tomó mi mano; parecía un niño y como confesando una picardía, añadió:

— A veces se habla pero no se escucha. Más importante es ver lo bueno que se hace que lo bueno que se dice.

En diciembre de 1984 Juan Félix Sánchez donó un terreno en San Rafael — frente a la capilla que él mismo construyó — para que allí se hiciera una biblioteca. Desde entonces están los distintos gobiernos regionales prometiendo públicamente que pronto será terminada esta casa. Los gobernadores que han ido a San Rafael, se hacen fotografiar al lado de la

casita; llevan a dos periodistas, uno local y otro de alguna televisora nacional y aseguran que esa situación de abandono y dejadez no puede continuar: y “dan las instrucciones para que de inmediato se proceda con la conclusión de la obra”. Cinco mandatarios regionales ejecutaron el mismo acto; tan aplaudidos ayer, como hoy olvidados, pasaron como sombras los doctores o cuasi doctores William Dávila Barrios, Consalvi, Ramón Casanova, Orlando Gutiérrez y Alexis Paparoni.

Después de las promesas, en palacio, las excusas brillaban con sobrado genio: “—eso depende de Caracas. Comuníquese con la doctora Virginia Betancourt —”, etc.

Una de las condiciones puestas por Juan Félix para donar ese terreno fue que allí se hiciera una casita de piedra algo similar a la de la capilla, y cuya forma y estructura no desentonara con las construcciones de los pueblos parameros. Pues, el hombre de El Tisure, luego que entregó legalmente su terreno al gobierno jamás fue escuchado. Al respecto nos dice:

—Esa biblioteca no es de mi gusto. Pero como uno no puede decir nada, que la hagan como quieran — y agregaba con dolor: — eso no es sino pura columnas. Tiene una pieza entejada sumamente alta; cinco metros de alta, ¿y para qué, en un lugar que ya de por sí es alto y

donde corre la brisa con fuerza? Así que yo no puedo meterme en eso en absoluto.

Todavía la gente de San Rafael recuerda con afecto aquel día de diciembre de 1984, todo mundo acompañó a Juan Félix y Epifania, desde la Plaza Bolívar hasta la capilla, para colocar una placa en el lugar donde se levantaría la biblioteca. Fue un día de fiestas con torneos deportivos, bandas musicales, vendimias y cohetes. Y pese a este engaño, el “viejo”, siempre generoso y sencillo, no deseando nada para sí, aceptó un acuerdo donde también donaba la casa paterna, en un terreno al lado de la capilla, “para que allí fuese erigido un Museo arreglado y amoblado con objetos de la época de mis padres”. La historia ha sido más o menos la misma, pese a que este acto de donación fue realizado en la Casa de la Cultura que lleva su nombre y en presencia de los miembros de la Fundación Juan Félix Sánchez.

— Yo cedí —nos dice—, para que allí se hiciera un Museo que llevaría el nombre de mis padres don Benigno Sánchez y doña Vicenta Sánchez, un terreno de 20 x 50 metros. El compromiso fue que estuviera listo para esta época. Si no cumplen quiero que me devuelvan mi terreno.

Por un instante calla, se mesa los bigotes. Vacila como si considerara inútil quejarse.

— Hay quienes me han dicho — continúa — que esperan algunas tallas más para completar la obra. Yo no quiero dar ni un papel más hasta que ese museo esté listo tal y como lo prometieron. Con el museo tengo derecho — completó.

Es penosa y fatigante para el anciano, la codicia de algunos personajes que le rodean. En aquella ocasión no dejaba de recordar uno esa acción denigrante, que ocurrió en Mérida cuando los jefes de la Casa de la Cultura J.F.S. lo llevaron ante una siquiatria; querían hacer constatar que el viejo estaba en plenitud de sus facultades mentales, para que luego no se fuera a dudar del poder que tenían sobre sus bienes. Sobre todo para que no se pusiera en tela de juicio que cuanto atestiguará, cuanto firmara y declarara en una rueda de prensa y pudiera ser usado posteriormente. Fue una trama macabra donde participaron directa o indirectamente, la señora Gloria de Gutiérrez y el abogado Álvaro Varela y el señor Eduardo Planchart, entre otros.

Los verdaderos dementes eran los que urdían este detestable juego, como se verá más tarde. Los de la trama bestial, obtenida la aceptación de que Juan Félix no estaba loco, han amenazado con demandar por intermedio de los tribunales locales y nacionales, a antiguos amigos del viejo, y que a la vez

fueron o son miembros de la Fundación JFS, y que en el pasado se hicieron los sordos ante las calamidades que confrontaba el artista. Títeres de los eternos incumplimientos del gobierno y de las consuetudinarias mentiras; en fin, nuevos protectores y perros guardianes de las obras y de los bienes del Hombre del Tisure que mañana pasarán a engrosar el número de indiferentes ante su ruina y abandono. Honda tristeza nos causó al oír del pobre artista decir:

“— Me hicieron unos exámenes en la cabeza para no estar loco, lo que yo creo que es necesario”.

Tal vez sea por ello mismo, por lo que remató:

— En la Fundación hablan demasiado, venga y venga a charlar, de modo que acaban por no hacer nada. La opinión de algunos solo sirve para llevar a perder las cosas con el interés de cada cual.

Epifania se acerca con una tacita de café, y nos repite la compañera de Juan Félix, que El Tisure, en lugar de patrimonio cultural, un día de estos más bien va a ser declarado “desastre nacional”. Me muestra algunas fotos que pueden confirmar sus dolorosos presentimientos. “Un día de estos nos podemos encontrar con que ni la capillita existe,

porque todo en la vida requiere su mantenimiento, y nosotros estamos demasiados viejos, para cuidarla”.

El viejo por supuesto es incapaz de defenderse y tolera con sus excepcionales condiciones de santo la avalancha de personas que cada día le visitan. Lo que importa es el amor. “Siempre he tenido la misma edad. No soy yo quien envejece, son las cosas que uno lleva dentro. Pero como yo las cuido y las atiendo, no se envejecen. Ya usted ve que la gente cree que soy rico sin serlo. Los que suponen que soy pobre están más cerca de la verdad, pero no los informo. Si soy pobre, mejor. Hay de todo en la cabeza de la gente, pero lo que me importa de la gente es el cariño”.

Cuántas veces le hemos escuchado decir, a alguien que llega con deseos de quitarle algo, que se le pide y él responde:

“—Está a la orden—”, agradecido más bien de que le agrade lo que hace. Es por ello por lo que no le quedan nada de sus numerosas tallas, de sus piedras, sillas y cobijas que tuvo en otros tiempos. Con la misma indiferencia le he visto muchas veces sentarse a almorzar, al lado de un fogón, entregando parte de su plato al gato y a su perro Prometido.

Le comentamos en broma:

—Y la fama “viejo”. Usted es todo un personaje, un hombre famoso.

—¿La fama en cuanto a qué? – responde —Para qué, si casi nadie me hace caso; si el gobierno nunca me ha cumplido; de tal modo que estoy decidido a no volver a hablarle. Siempre me han engañado. ¿Cuántas promesas de hacer un pequeño albergue para los turistas en El Tisure? Si usted viera cómo está el camino, los basureros que se encuentran a cada paso de la vía. Sobre el comportamiento de la gente que me visita tengo que decir que los extranjeros son buenecitos, y aunque los criollos son inofensivos me han hecho desaparecer mucha piedra bonita que yo tenía en la capilla de El Tisure y en el camino a la capillita; la basura la echan en la quebrada y muy cerca de El potrero.

Sonríe como si le apenara quejarse. En realidad le hace falta que la gente le visite y él quisiera atenderlos a todos. Luego retoma el tema de la fama:

— Yo no he buscado la fama, ni la he pedido a nadie que me haga famoso.

—No es que usted lo busque, sino que la Fama lo tiene sujetado por el cuello. Allí está lo del Premio de Artes Plásticas que le ha concedido el presidente de la República y el Conac. ¿Ya se lo han participado oficialmente?

—No. Nada. El 1° de diciembre alguien me trajo un periódico donde decían algo. Ni sé qué me van a dar —y bromeando agrega: — si será una botella de miche. El sábado pasado vino aquí un agente de la policía, sí, eso fue el 13 de enero. Se detuvo allí en la puerta sin entrar, y dijo: “—Mañana suben a traerle un premio—” y se fue; no dijo si el premio era para Pedro, para Gregorio o José.

—¿Iría usted a Caracas a recibirlo?

El viejo se acomoda su sombrero de paja, pasea su mirada por el piso y arregla unos pedazos de palo de hortensia que acaban de talar en el pretil del lavadero. Ofrece un trozo de palo y dice que me lo lleve a Mérida y que lo siembre, que da una flor muy bonita. Señala el ojito de la mata y busca el mejor trozo que puede alumbrar. Indica que debe enterrarse inclinado, y que él sabe, que esa flor se da bien no sólo en tierra fría sino también en la templadita. No ha olvidado la pregunta, y sobre ella dice:

—¿Pero yo qué voy hacer a Caracas, si no he exigido nada? No me pertenece irlo a buscar. Además ir a recibir dinero —porque yo le dije que le darían 200 mil bolívares—, si yo tengo; y aunque no tuviera; y mayormente ahora que tengo más de cien años. Ojalá no me obliguen a ir a Caracas.

—¿Cien años?

—Pues, da lo mismo —contesta riendo—.

A Juan Félix le desagrada visitar las ciudades. Dice que es una esclavitud y que es una lástima que la gente del campo abandone la agricultura por ganarse una arepita en las urbes, y que ésta es la verdadera razón de la carestía.

—No me tira la afición de salir a la ciudad. La gente por pendeja deja el campo y se va a la ciudad, después quiere volver pero están entonces amarrados porque tienen sus compromisos y la propia vida complicada por el lujo y el exceso de comodidad.

Con cierta tristeza nos dice, refiriéndose al premio, que estos galardones le traen más pena que satisfacción. Alguien le llevó la nota de prensa donde Dennis Schmeichler dijo que Juan Félix

—con el premio del Conac— estaba ganando indulgencias con escapulario ajeno; pedía Dennis que se le diera créditos por lo del premio pues él, en parte, había contribuido a la fama del hombre de El Tisure. Al respecto dice:

—Ya usted ve estas complicaciones. ¿Por qué estoy yo ganando indulgencias? ¿Yo fui acaso a buscarlo? Ni lo conocía a Dennis. Ganaría indulgencias si yo lo hubiera buscado. Recuerdo que él vino hace muchos años para una fiesta de las ánimas, lo tengo escrito en el diario. Me encontraba en la casa cural y me preguntó si yo era Juan Félix, y me pidió que le hiciera unas cobijas. Qué cosa, que brutalidad. Si me dan el premio, creo que él nada tiene que ver. Igual comentario me han hecho sobre Alberto Arvelo porque no le he hecho la consideración debida y porque dicen que él me sacó a la luz. Así pues que se pusieron a escribir y yo qué iba a saber.

Hacía memoria sobre otras personas, buscando los hilos de algo lejano que no conseguía recordar bien; y con sus ojos tranquilos, sin el menor rastro de contrariedad aclara:

— No le recomiendo esa “fama” a nadie. Que no me molesten ni me hagan contradicciones. Si me dan algo, bueno,

y si no también. A mí me da lo mismo. De tal modo que los reconocimientos más bien me han traído consecuencias.

No es para menos la desgracia que expresa. Ha donado los terrenos de su casa paterna, el terreno donde se encuentra la capilla y donde hacen actualmente una biblioteca para San Rafael. Ha regalado tallas a distintas instituciones, ha presentado fabulosas exposiciones y no obstante ha sido acusado de ganar indulgencias con escapulario ajeno. Y por ello termina con una sonrisa diciendo: “—He pagado mucho por ser famoso—”.

— Más bien — agrega — me gusta la pobreza. Mejor es no tener nada. La riqueza acaba hasta con la vida.

— ¿Usted es pobre Juan Félix, y además le gusta dar lo poco que tiene?

— Pues claro — contesta con los ojos brillantes —, ¿no le parece a usted que es mejor dar que quitar?

— ¿Sin importarle a usted con lo que ellos hagan con lo suyo?

— Sin importarme en absoluto. Una vez que se llevan algo ya no es mío. De veras que nada es de uno. Cómo qui-

siera dar lo poco que tengo, pero que lo cuidaran. Esa ha sido mi preocupación. Ningún interés han puesto en arreglar lo que tanto se ha pedido para El Tisure; apenas si unas componcioncitas que ni siquiera llegan hasta donde suben los carros. Totalmente que estoy contando solo con lo que uno puede hacer y nada más. Las ayudas para zinc y otras cositas no las pido más, y las he comenzado a comprar por mi cuenta y dejémonos de vaina.

— **De modo que no iría a Caracas, ¿y a Mérida?**

— La misma cosa. En la ciudad me entra mucha aburrición y nerviosismo. No hay nada qué hacer sino caminar y tragar polvo, y como tengo una rodilla enferma, no le veo interés. Aunque ahora no estoy tallando y hasta tejer se pone difícil por lo escaso y cara que está la lana; allá en El Potrero siempre tengo oficio: siembro papas, habas y hortalizas, ajos, zanahorias y cebollas y no escriba allí —añade riendo— que se dan muy bien, porque van a ir a buscar hortalizas, y la verdad es que en este momento no tengo nada.

Entre bromas le decimos a Juan Félix que si no le da pena llegar a los noventa años. Y nos responde:

—No. Aspiro llegar a los cien y pasar con razón.

—¿Te van a dar otro premio cuando llegues a los noventa? — le decimos respetuosamente y con la confianza que ya nos tiene—.

—Pues yo creo que lo vale —contesta sin dejar de reír, y completa: — por lo raro. Por aquí hay uno también que se llama Liborio Moreno que es contemporáneo conmigo. Ni mi papá ni mi mamá llegaron a los noventa.

Recuerda también que Luis Zambrano es más viejo que él:

—Pues don Luis nació en enero y yo en mayo.

—¿Y qué tal Juan Félix, usted cree que vaya para el Cielo? Mire que los pasajes para allá arriba están muy caros.

—Pero yo —contesta sonreído— los estoy pagando por cuota desde que estaba chiquito; eso está apuntado y tengo que ir a ver la lista.

—¿Y no le gustaría pasar unos días en el infierno, aunque sea de visita?

—No señor; eso no, porque me podrían dejar para escuela... Y los de la Fundación me van a decir que no les escuché consejos.

—**¿Y desde cuándo no se confiesa?**

—Pregunta mala la suya.

—**¿Acaso tienes muchos pecados?**

—Para lo que yo pienso, no.

—**Juan Félix a pesar de la edad, usted le ha pasado por encima a la chochera. ¿Tiene alguna receta?**

—No señor.

—**Total que usted no se considera ni viejo.**

—Tampoco. Yo me considero como de unos 15 años. El que ha sido no deja de ser. Me falta mucho para ponerme chocho. Me faltan años y estoy esperando día por día y cuando llegue... ¡listo cochero! Total que no quiero irme porque no estoy aburrido todavía.

—Dejemos eso que no tiene remedio, lo del infierno y lo del cielo. Es decir, nos están esperando y no sabemos dónde. ¿Hablemos un poco de política?

—Pero le aseguro que no me gusta nada. Pero pregunte a ver si le puedo contestar.

Le preguntamos sobre los distintos gobiernos que ha conocido y nos dice que el del general Juan Vicente Gómez comparado con los “modernos” ha sido mucho mejor. Añade:

—Claro, con Gómez hubo muchos inconvenientes ya que no era legal, pero había ayuda y respeto. Ahora no hay acuerdo; la agricultura se está acabando y cada día que pasa, más abandonado está el trabajo de la tierra, y usted ve entonces que los precios son una barbaridad enorme. Ahora no se ven los sembradíos de trigo que yo conocí en otros tiempos. Ahora la juventud coge para la ciudad, y qué va entonces a aprender... A los gobiernos en verdad no les preocupa nada; puesto que los gobernantes en sus puestos mandan y tienen de todo, para ellos la situación nunca está crítica; eso depende de que no se den cuenta del sacrificio que es necesario para ganarse la arepa.

Nos miraba, como preguntándonos si era suficiente, y le insistimos en que nos hablara sobre nuestra “democracia”.

—Betancourt —agregó— llenó esto de partidos, y Leoni, que lo tienen allá abajo en un busto al que me dan ganas de darle una pedrada, fue quien empezó con la carestía; él empezó el jueguito de aumentar los sueldos y de pronto todo subió, y ya el campesino y el obrero no querían hacer nada sino por mucha plata. Del señor Carlos Andrés Pérez no se ve que vaya a hacer algo bueno. Todo está peor y eso depende de que no tienen inteligencia; falta de pensar. De Carlos Andrés Pérez le digo que no escucho nada útil. Para este país no hay esperanzas. Hay tanta pobrería; sí, ya sé, antes había pobreza pero todo era barato y uno encontraba los medios para vivir. Pero ahora por más que usted gane no le alcanza para nada.

—Usted ¿qué propondría para arreglar esto?

—Nada. Ya es muy costoso. Lo que nos viene de afuera, recursos de otras naciones nos han encarecido todo. Esta es la razón de que haya tanto malandero. Y esos pobres muchachos no tienen la culpa porque de algún lugar deben sacar para remediar su

situación. No estoy en contra de los que roban para comer, pues están obligados. No. Yo no me metería a arreglar este país. No me atrevo. Mejor vivo solo y tranquilo. Vengo a San Rafael, visito a mis familiares, me vuelvo para El Potrero y me quedo quieto.

—¿Qué le aconsejaría a Carlos Andrés Pérez?

—No coge consejo. Si alguno lo aconseja lo manda para la cárcel —sonríe—.

Insistimos en preguntarle qué haría él en caso de que el propio Carlos Andrés Pérez le pidiera algún consejo para administrar mejor la República. Entonces contestó:

—Que procure bajar la carestía porque ése es el inconveniente para la gran pobrería que tenemos; pero el consejo sería inútil porque él apenas es nadie en todo este gran desastre. Vea usted al estado a que hemos llegado. Antes un agricultor tenía de 50 a 60 peones y le pagaba un bolívar diario a cada uno. Ahora un peón gana doscientos bolívares diarios y lo que hace es sacar papa con gusano.

Así es. Frente a nosotros había treinta sacos de papa dañados por la gusanera. Y como el país y los partidos no tienen remedio preferimos cambiar de tema, y entonces nos pusimos a hablar de los tiempos en que había gran interés por la agricultura, y los pueblos aunque pobres podían hacer un mercado abundante con cinco bolívares. Y todo el mundo podía conseguir cinco bolívares, y además no era ninguna carga dos o tres platos más en alguna visita inesperada a la hora de comer.

—Vergüenza es —completó Juan Félix— no tener ni un cafecito con qué atender a los amigos. Eso nos está acabando la humanidad del pueblo. Mientras los técnicos del gobierno son cada vez más sabios, el paciente no mejora, y lo peor es que no dejan de hablar de que pronto la salud será restablecida. ¿Qué le parece?...

En una mesita estaba un cuaderno, donde Cruz amablemente solicitaba a los visitantes que dejaran constancia con alguna frase, su amor al viejo. Pero era tal la tensión que en aquellos días se vivía alrededor del viejo, que llegó a pensar si se trataría de una manera solapada de espiar a los que allí llegaban, y que además se hacía siguiendo órdenes de la Casa de la Cultura. Esta señora Cruz es una mujer de ojos claros, de unos cincuenta y cinco años, que aún conserva cierta

gracia y hermosura; le gusta sugerir sus encantos físicos y es de agradable trato. En su juventud debió haber sido una diosa tentadora. Por su manera melosa de tratar a las personas algunos la llaman Crucita. Hubo un tipo que al oír aquel modo de llamar a tan exuberante ejemplar, exclamó: “¡Crucita!; yo no veo sino una cruzota”. No era para menos. A ella le encantó aquella observación y lo recordaba como el mejor piropo que se le había ofrendado. A Juan Félix prácticamente lo abrumbaba de besos que se los llegó a dar, en presencia mía, hasta en los labios; se ve que a Juan Félix no le quedaba más remedio que aceptarlos, y siendo él un caballero... Nunca he conocido a una mujer más tiernamente melosa que Crucita.

A Juan Félix, aquella vez le oí decir:

—Ahí tengo un cuadernito para ir anotando a los que me visitan. ¿Que para qué? Para recordarlos. Así hice cuando estuve hospitalizado en Caracas. Yo no sé, esto es idea mía.

Luego Juan Félix volvió a su preocupación:

—Seguro quieren que yo me vaya a Caracas y yo no quiero ir. ¿A qué voy? ¿A una clínica? Tan igual es aquí como en una clínica. Es la misma cosa. La misma ración, el mismo

pollo; ¿entonces?, la medicina es la misma; ¿y entonces? Si está de Dios el morirse uno, cómo se va a hacer. Uno tiene que morirse y va a otra parte: ¡No!, no... no. A estar aburrido e intranquilo,... y aquí no, porque llega gentecita. Uno se entretiene con la gente y uno va pasando su mal y, listo. Yo no tengo ganas de ir a Caracas. ¿Pero a qué voy? Las miras mías son volver a El Tisure cuando me mejore, porque allá me amaño muchísimo.

—¿Es verdad —preguntó la señora Cruz—, que usted cuando se muera quiere que lo entierren en la capilla de San Rafael?

—Bueno. Así es. Y me he arrepentido de no haber hecho la fosa. Hasta que yo me tenga, voy a decirle a mi familia o a algún amigo que me haga eso. Lo mismo que Epifania, quien ha sido una mujer muy útil, aunque no seamos casados, pero es mi segunda madre, se puede decir. Y si muero en El Potrero y no me quieren sacar, allá está otra capilla y allá me entierran también. Da por lo mismo.

En otra sección de la grabación, ella le dice:

—Si usted no quiere ir a Caracas, usted tiene que defenderse.

Y el viejo contesta:

—La medicina que me den la tomo con fe. Lo mismo me mejoro. Yo estuve en una clínica en San Cristóbal, 24 horas y 8 mil bolívares me cobraron. ¿Será justo? No. En Caracas estuve en una clínica 9 días, por lo del marcapasos. Eso lo pagó Carlos Andrés Pérez. Pero eso es muy caro. Estuve (también, 1988) en el Hospital Militar (en Caracas) por cuenta de Luisinchi, y ¿después no recibí una carta a El Tisure, cobrándome 4.880 bolívares? No, no,... no. Cuando Dios quiera. Está muy claro: Dios manda el mal y manda el remedio y... listo.

Después, apesadumbrado de no poder valerse en aquel momento por sí mismo fue diciendo:

—Estoy envarao. De aquí no me puedo mover, hasta que pueda aguantar...

La señora Pernía le interrumpió:

—¿Y el Gobierno no ha venido a visitarlo?

—¿Pero para qué viene? ¿Pero a qué? ¿A traer algo? Al Gobierno yo no lo quiero. No me ha atendi-

do. ¿Para qué gobierno? Yo tengo un gobierno muy bueno, y eso es suficiente.

Y hablando quizá de los médicos, y de los sabios que lo esperaban para curarlo en Caracas, dijo:

—Mire, el que más sabe más yerra.

—Y usted sabe mucho.

—Yo no sé ni el padre nuestro.

Luego agrega, aturdido por su mal:

—Yo tanteo la canilla como gafa. Quiero probar si puedo caminar —y después de quedarse largo rato pensativo volvía sobre el mismo tema: —No me amaño en Caracas y por ese motivo sufro porque me aburro muchísimo. Cuando Martín (Balza) me dijo que Planchart me ofreció la clínica con toda confianza, yo se lo agradecí, pero le dije: “Me van a obligar a que vaya. A mí me da pena desatenderlos, pero a la vez, según como esté en Mérida me estoy en Mérida.

Juan Félix seguía solitario sentado en un murito que bordea la Biblioteca; para matar un poco el tiempo, optamos por

conversar con él sobre el asunto de la lana, lo de la cría de las ovejas y el aspecto que antes tenían aquellos campos, cubiertos de trigo. Caemos en lo del fervor religioso y serenamente conversa sobre sus aficiones católicas, pero con mucho equilibrio: “lo que merece más respeto es Dios; después la Virgen”. Guarda silencio, como si ya hubiese dicho todo sobre el tema, y lo hace con profundo respeto. No vale la pena agregar nada más. “—Sí: La vida es un milagro. Lo que aquí sucede hoy, no podría ser si usted ni yo estuviéramos vivos; si no estuvieran allí esas piedras; si no existieran esas hormiguitas. Esas hormiguitas son a veces más importantes que uno”.

“—A la vida no hay que entenderla. Ella se entiende a sí misma”. Fueron varios minutos completamente ausentes de cuanto nos rodeaba. Yo comprendí que aunque le afectaba el pleito de su casa, en el fondo lo hacía por cumplir con la vida. “—Esas fuerzas que llaman el Demonio, están hasta en los santos, porque hasta lo más puro tiene su venenito. Todos quisiéramos alcanzar la santidad, pero lo del venenito es un muy fuerte”.

Me contó que había vendido un terreno para terminar de echar el piso donde se encuentra el monumento al sacerdote Ángel Sánchez Alcántara. El profesor Edgard Alfonso-Arriaga se acerca y dice que tal vez nosotros podemos

hacer algunas gestiones en Mérida, para contribuir con esa obra. Yo se lo cuento a Juan Félix; y él asienta con la cabeza; le parece muy bien. Desaparece el encanto de la ausencia. Pienso: “-A lo mejor, algunos de los que han querido robarse a Juan Félix, acapararlo, lo hacen también porque sienten la dulzura y la honda sensación de la ausencia sublime del mundo teniéndolo a él”.

Con frecuencia, la señora Gutiérrez se acercaba al viejo y le decía que estaba en muy buena compañía y que eso la hacía muy feliz. Cuando se acercaba a mí agregaba: “—José, ojalá logremos hacer realidad esta lucha, y el viejo pueda recobrar su casa. Es necesario perseverar”. Pensaba yo que había sido ella quien le había metido en la cabeza al viejo que donara su casa al Estado; ahora hablaba de esa lucha como “nuestra”. Y es realmente chocante, que una persona que tenga tantos privilegios de representación tan excesivos, a costa del viejo, solo por ser presidenta de la Casa de la Cultura Juan Félix Sánchez, y que esté ejerciendo esta presidencia desde hace diez años. A ella no le queda sino demostrar constantemente su indecible y absoluto amor al viejo.

Casi con lágrimas en los ojos, Juan Félix ha contado que desearía volver a su casa. Que su único deseo es volver a ella; que no quiere más promesas, que no desea más tratos con gobierno

alguno. Tiempo suficiente hubo. Que su mayor deseo es que su abogado Álvaro Varela ejecute de una vez por todas el asunto.

A las 2:30 volvimos a casa de Epifania donde tomamos café y nos entretuvimos un largo rato viendo recientes fotos que conserva Juan Félix. Casi a las 3:00 llegó el abogado, por fin, con la noticia de haber terminado los trámites de la inspección. Lo que faltaba para iniciar el regreso; Juan Félix recordando lo del trabajo del piso me dijo con grandes esperanzas: “—¿No le parece a usted que deberíamos nosotros emprender la construcción del museo, en el terreno anexo al de la Biblioteca?” Un brillo de juventud, de ganas inmensas de poder cumplir sus planes le iluminaron el rostro. Todos nos sentimos que lo podíamos hacer. “—Claro, Juan Félix...” Sentí un peso en el corazón: ¿Qué puede un limpio y un desgraciado como uno? Quizás uno de los mayores pecados sea querer.

Cuando traspasábamos la puerta que da a la cochinería de la entrada (que aún existe en la casa de Epifania) Edgard Alfonso me dijo: “—Vamos a organizar un homenaje en APULA a Juan Félix. Es hora de que nuestra universidad le haga algún reconocimiento...”

Nos despedimos con muchos proyectos para con el viejo y con la promesa de visitarle el día sábado 15 de marzo.

El 30 de julio, como cosa rara, encuentro un artículo que merece leerse. Es del escritor Umberto Eco aparecido en *L'Espresso* y reproducido por *El Nacional*, en el que relata su encuentro con Juan Félix Sánchez. La traducción es de Ana Mar González. A mí me interesa la prensa no por las noticias sino por los artículos de opinión, pero en Venezuela, ya lo dijo Bolívar en su tiempo y continúa exactamente igual, carecemos de opinión pública.⁶

Umberto Eco había visitado a Mérida a principios de julio de 1994 y por cierto dio una conferencia en la Casa de los Gobernadores a la que asistió monseñor Baltazar Porras. Allí tuvo que escuchar, con su siempre solemne pose, palabras sublimes que, claro, le entraron por un oído y le salieron por el otro; el señor Umberto Eco sostuvo que en Italia la Iglesia y el Estado se estaban uniendo en una campaña criminal contra la prensa por las valientes denuncias que estaba haciendo. Y aquí en Mérida, monseñor Porras hizo despedir al director del diario *El Vigilante*, para que no se siguieran criticando los desastres que se cometen con la

⁶ Cuando retoco este material, el presidente Rafael Caldera presenta en IX Cumbre Iberoamericana su propuesta sobre la información veraz. Dice Caldera que la información no es veraz sino que pasa primero por las fibras de los dueños de los periódicos. Nada más cierto. Lo que pone en una situación muy lamentable la triste función de los periodistas quienes deben ver sus trabajos constantemente controlados por estos dueños o por los patronos que sirven a estos dueños.

anuencia o con la complicidad de las autoridades rectorales de la Universidad de Los Andes, así como tampoco los espantosos robos y desastres ecológicos cometidos por la administración del gobernador Jesús Rondón Nucete.

Veamos lo que sobre Juan Félix dice este escritor:

De los Apeninos a Los Andes como una película de Sergio Leone.

“En el pequeño negocio donde nos detenemos a tomar café hierve una olla de caraotas negras y me pregunto en qué película de Sergio Leone ocurre algo parecido. Estamos subiendo por el páramo, la zona de Los Andes que se abre majestuosa en el estado Mérida, Venezuela. Primero conseguimos una vegetación en parte alpina y en parte tropical, después pasamos por grandes lagos entre enormes peñascos y macollas de arbustos mórbidos y carnosos, con forma y consistencia similar a las orejas de conejo. La temperatura es fresca y agradable, estamos a la misma altura del Monte Blanco.

“Volvemos a descender a tres mil metros, hacia un valle verdísimo, en el cual se ve una casita de piedra. A primera vista me recuerda una de esas capillas de Perpiñan y

la frontera catalana, pero las formas son mas libres; de cerca, ciertas extravagancias me hacen pensar en Gaudi. La Iglesia está torcida, con curvas sinuosas; la pequeña nave está decorada con muebles acaso zoomorfos, hechos conjugando troncos y tronquitos ya moldeados por la naturaleza. El altar evoca a lo que por convención llamamos “art naif”, pero si su autor es un primitivista, sabe cómo inventar soluciones técnicas muy refinadas.

“Juan Félix Sánchez nace en una familia de origen campesino en uno de esos pueblos andinos, en 1900. Estudió primaria, luego trabajó en el campo. Siendo todavía un muchacho inventó un molino de agua para sus vecinos. No sabe nada de tecnología y jamás ha visto los diseños hechos por los ingenieros del renacimiento. Usa lo que consigue a su alrededor. Además siempre ha ignorado que existiese un arte romántico o paleogótico. Sus únicos viajes han sido a Maracaibo y a Caracas, de joven. Es inteligente y fue elegido por sus coterráneos para ocupar algunos cargos municipales; en San Rafael inventa una turbina que funciona con agua para suministrarle agua al pueblo. Se casa con Epifania Gil. Después casi a los cuarenta años, por un impulso místico, deja todo y se retira a las montañas. Se dedica a hacer tejidos, esculturas, a construir iglesias, todo un calvario con estatuas alineadas que

se empujan por las faldas de la montaña, una crucifixión, un sepulcro de Cristo. La Iglesia de El Tisure tiene un altar con un pesebre coloreado, un nicho con el retrato en madera de José Gregorio Hernández y en alto un inquietante ojo de Dios hecho con el faro de un automóvil. Pero Juan Félix Sánchez no es un artesano, no es un artista, no es un aficionado al bricolaje; es un asceta de la montaña, un visionario. Sus creaciones más exigentes las comenzó a los sesenta años, el Santo Sepulcro lo hizo a los ochenta.

“En un punto crítico, los estudiosos del folklore y filósofos de la ciudad lo descubren. Exponen sus obras en los museos, pero saben muy bien que al sacarlas de su ambiente las reducen a simples tótems, a hallazgos folklóricos. No logran enmarcar a este genio natural, se dan cuenta que representa un fenómeno de espiritualidad que trasciende las categorías de la estética y de la etnología. Le trastocan su existencia. Juan Félix Sánchez se convierte en meta de peregrinajes eruditos, es invadido por sociólogos que le ensucian su humilde casa. Ver surgir junto al lugar donde vive un museo bautizado con su nombre y el de su esposa, que también tiene una biblioteca (muy bella, moderna, con computadoras) para los niños. Se había retirado a un lugar inaccesible para perseguir un sueño e intenta que no lo transformen en una de sus creaciones.

“Actualmente tiene noventa y cuatro Años. Con una amiga de la Universidad de Los Andes, en Mérida, somos recibidos en una cocina primitiva y oscura por Epifania Gil, quien también se ha convertido en un monumento, con su rostro de momia velluda y vestida como un personaje de “Ópera de los Tres Peniques”. En el patio, flanqueado por un perro adormilado, Juan Félix dormita con el sombrero sobre la cara, sentado en una silla, casi inmóvil por un achaque de las piernas. Se despierta, veo que también él tiene el rostro envejecido, una cara aindiada con bigotes enormes, que parece salido de una película de Leone. Está sordo, en un primer momento no reconoce a la visitante, después se va desperezando poco a poco. Acepta mostrarnos sus cuadernos, algo deteriorados y grasientos, en los que desde hace toda una vida anota los pensamientos que le vienen a la mente y viejos proverbios populares como “a caballo regalado no se le busca el colmillo”, aunque muchos debe haberlos inventado él. Me pide que le escriba dos y le anoto “gatta frettolosa fece i gatttini ciechi” e “il dia volo fa le pentole ma non i corpechi”. Escucha la traducción, “la gata apurada hace los gatitos ciegos” y “el diablo hace las ollas pero no las tapa”, y asiente. Me pregunta con preocupación por el Papa, si es verdad que se cayó y se fracturó la pierna: si puede volver a caminar. Estoy a punto de decirle que sí, cuando mi esposa me interrumpe

y le dice que todavía se mueve con dificultad. “¡Ah!, como yo”, sonrío consolado. Epifania nos advierte que es mejor dejarlo dormir. Pero antes de despedirse nos pregunta dónde están sus cuadernos. Pide que se los devuelvan, los aprieta contra su pecho y a escondidas cuenta socarronamente para ver si están todos”.

“Nos montamos en el carro y regresamos a la barbarie”.

Cabrujas y Juan Félix

La música se adentraba en los cuerpos, de modo que José Liborio y Epifania se entusiasmaron y salieron a bailar: una pareja que en edad suma más de ciento setenta años. Don José Liborio con mucho ritmo y zapateo bailó también con su hija y con la señora Gloria de Gutiérrez; José Liborio nació el 1º de enero de 1900, en San Rafael; tiene cinco hijos, es agricultor y no sabe leer; vive actualmente en el caserío La Provincia.

Se libaba miche, el padre Albornoz con su voz alegre animaba a los comensales y preguntaba al viejo que si le daba permiso a Epifania para “darles unas vueltecitas” en el patio.

Luego se pasó al comedor el cual se encuentra haciendo frente a la cocina, donde se halla una enorme mesa con espacio para dieciséis personas. Era el acto final de las ceremonias en nombre de la Virgen.

Yo le dije a Juan Félix: “— Desde que el mundo es mundo todo lo bueno se hace en nombre de alguna virgen”.

Él me sonrió, haciendo sacudir su sombrero.

— ¿Y siempre ha habido virgen? – me preguntó.

— Siempre.

Juan Félix encabezó la mesa. Epifania que se colocó a su lado y acercándosele al oído, le recordó que debía quitarse el sombrero. El viejo se quitó el sombrero y comió bien. El padre Albornoz que estaba a mi lado, me dijo: “— Vea usted, qué buen diente tiene el viejo”. En realidad, luego de liquidar el hervido, pasó al seco donde arrasó con el arroz, la ensalada, el queso ahumado y la carne desmechada. Todo en honor de la Virgen. El señor Liborio también hizo lo mismo, y con sus dientes, no postizos, royó varios trozos de maíz tierno, dejando arrasadas un montón de tusas sobre la mesa. Aquellos robles no volverán, porque el ambiente y los tiempos no están para que prosperen.

19-11-94 Hoy, es mi cumpleaños, y recibo como presente un artículo de José Ignacio Cabrujas dedicado a mi carta enviada a *El Universal*. Se titula ACTO CULTURAL y cuyo texto es el siguiente:

Suelo leer con meticulosa frecuencia la sección “Cartas al Director” o “Cartas a la Redacción” que día a día aparece en casi todos nuestros diarios. Más de una vez he encontrado allí el tema de una crónica, tal vez porque esas misivas esperanzadas y muchas veces ardientes, son escritas por personas que necesitan decir algo, esto es, referir un despropósito, ensuciar un prestigio, condenar o respaldar, aplaudir o denostar, impulsos por lo demás elevados o canallas, pero en todo caso de auténtica vitalidad y casi nunca característicos de la mayoría de los articulistas de opinión, al menos en la prensa nacional. El sábado 12 de noviembre apareció en “Cartas a la Dirección” de El Universal, una drástica requisitoria destinada poco menos que a coleccionar la reputación del ciudadano gobernador de Mérida, firmada por el profesor José Rodríguez Rodríguez, catedrático de la Facultad de Ciencias de nuestra casi siempre eximia Universidad de Los Andes. Al leerla me sentí, como pocas veces, envuelto en un verdadero conflicto no porque éste ciudadano, a quien no tengo el gusto de tratar, mencione mi nombre o aluda a algo que de manera directa concierna a mi responsabilidad, sino porque allí se relata la historia desoladora de Juan Félix Sánchez, artista emérito del país, como unos acontecimientos culturales sucedidos en la población de San Rafael, lugar donde transcurre cierta comedia llamada precisamente Acto Cultural, escrita por mí y estrenada por el Nuevo Grupo de Caracas, hace dieciocho años.

Me dicen cultura y me agregan San Rafael como sitio de cultura y yo no puedo menos que pensar en Cosme Paraima, aquel que hacía honra instructiva del culo de su alemana y en Amadeo Mier, mentor angustiado de la Sociedad Louis Pasteur de San Rafael de Mucuchíes. Leía con desbordada pasión la fulminante denuncia de Rodríguez Rodríguez en torno al destino de Juan Félix Sánchez, y venían a mí, huéspedes de la más hermosa memoria de mi vida, Herminia Briceño, viuda de Petit, Antonieta Parissí, Francisco Xavier de Dios y la adoradísima Purificación Chocano, vestida de Historia Universal. Eran estos personajes que debo en primer lugar al simple amor de Rafael Briceño y en segundo al deseo de hacerme escuchar, los integrantes de la Junta Directiva de la Sociedad Pasteur de San Rafael. En alguna parte de ese pueblo— me digo ahora— deben existir o al menos espantar después de medianoche. ¿Por qué entonces no han acudido raudos al rescate de Juan Félix Sánchez, abandonado, quien sabe si de Dios, en un cuartucho de lo que alguna vez fue la Sociedad Pasteur? ¿Qué les ha impedido sensibilizar la aspereza del Excelentísimo Señor Gobernador” y otras autoridades invocadas en el exordio de esta pieza a cargo de Amadeo Mier?

Se trataba allí y ojalá no piense el lector que pretendo citar-me, de una Sociedad Cultural sin fines de lucro que pugnaba por asumir un rol, no solo prescindible sino incluso inútil, esto

es, el de la cultura representativa, aquel que poco hace me hizo almorzar en Miraflores con motivo de una medalla innecesaria sobre el pecho de un cronista innecesario. Viene a ser este asunto mi obsesión de muchos años: el inservible trasto cultural venezolano: la malsana y en ocasiones siniestra relación del artista, creador, intelectual, músico, hombre de letras o como se le quiera llamar, con la sociedad donde pervive y sobre todo con los benefactores que lo auspician, por no decir, que lo toleran.

Tengo a Armando Reverón por grande y por mejor que El Greco, no sólo al contemplar algunos de sus cuadros y sentir un disfrute íntimo, sino al entender de manera precisa que jamás en toda su caótica existencia solicitó este orate, no por rebelde sino por atareado o aconsejado de mono, un subsidio del CONAC, una dádiva del gobernador Mibelli o una intermediación del General Gómez a fin de adquirir lienzos, calzoncillos u óleos.

Tal es el caso de Juan Félix Sánchez, distintísimo de Reverón en su manera de mirar al mundo, pero igualmente alejado, diríase mejor, ancestralmente retirado de un mecanismo administrativo (suele decirse ahora, gerencial, pero en el caso de la cultura, gerencia es una palabra que me revienta) hecho de planillas, antesala, cálculos de rentabilidad y bellaquerías de todo género. Sánchez, hombre de paltocito, nacido a principios de siglo, cuando Cipriano Castro era norma, realizó en El Ti-

sure, en San Rafael de Mucuchíes y en cuanto lugar carece de crédito en el mapa una obra plástica que puede o no significarnos o expresarnos, que puede o no entusiasmarlos, pero que traduce en su constancia mental y en su energía muscular, un acontecimiento pocas veces visto, ya no en Venezuela, donde pocas cosas se han visto, sino en toda Latinoamérica.

Bordeando este anciano los noventa años y habiéndose dedicado a llenar cuadernillos poéticos, a trabajar con las mismas, andar en mula, pagar promesas, encomendarse a Dios y beber leche de cabra, lógico resulta que se exprese mal a la hora de agradecer una condecoración del ejecutivo o que se le vea ridículo en el tinglado de los ateneos provinciales. La indefensión que le caracteriza, esa que de cuando en cuando observo y envidio en Rafael Cadenas, le hizo donar al Estado, craso error, nada menos que el 94.6 por ciento de sus propiedades, según estimado del profesor Rodríguez Rodríguez, no en balde titular de una Facultad de Ciencias. Ellas consistían, Rodríguez Rodríguez dicit, en “una casa, corrales, una capilla de piedra en honor a la Virgen de Coromoto y aquellas que fueron adquiridas por él en más de ochenta generosos años de vida”.

Candidez del añoso Sánchez, desde luego, porque bien sabido es, so pena de pasar por candoroso, que al estado venezolano no debe donársele sino al contrario, decomisársele todo.

Pero en el mundo hay ingenuos: gente que afirma creer en las instituciones, en el amor agradecido de Andrés Galarraga por los Leones de Caracas, en los óleos de Tito Salas y en las bondades del jarabe Tolú, panacea espectorador peruano. La de Sánchez, extrema y suicida desde luego, lo llevó a confiar en la palabra de un funcionario y aceptar que su casa de San Rafael podía convertirse, ¡ay de él!, en la flamante sede de una errónea Sociedad Pasteur.

¿Qué ocurrió? Según el catedrático Rodríguez Rodríguez, lo siguiente: firmó Sánchez semejante extravagancia, aceptó vivir en un “cuartito” de la nueva institución sin fines de lucro y no había terminado de secarse la tinta de su rúbrica o signatura, cuando la Casa de Cultura de San Rafael se convirtió (sic, Rodríguez Rodríguez) “en una descomunal miniteca, (¡fuch!) cuyos altavoces medían dos metros, y como en un club, las mejores bodas del lugar se celebraban allí”.

Personalmente no tengo nada en contra de las bodas y prueba de ello es que me he casado tres veces; menos aún en contra de las minitecas, porque si bien las repugno desde el punto de vista físico, tiendo a aceptarlas conceptualmente, pero la idea, y va en serio, de imaginar al venerable Juan Félix Sánchez de edad propecta y obra elevada, ocupando un cuchitril de la que era su residencia y escuchando al grupo Mecano o al aborreci-

ble Fito Páez, rebasa cualquier expectativa de barbarie. Esto, damas y caballeros, ni el Conde de Montecristo.

Días atrás y antes de leer la carta de Rodríguez Rodríguez, me comentaron de manera parcial, un programa de Dhamelys Díaz, donde nuestra tenaz periodista entrevistaba, si es que el caso admita esa palabra, a Juan Félix Sánchez recluido en su patética habitación de la Casa Cultural de San Rafael. Acerca de Dhamelys según fui informado, el micrófono reglamentario al patriarcal artista de El Tisure, con la intención de hacerle unas preguntas sobre las desdichas vividas, y Sánchez, ajeno a cualquier tecnología que pudiese ir más allá de Galvano Volta, parecía tomar aquel instrumento por una porra amenazante, puesto que volvía de manera conmovedora el rostro hacia la pared y se negaba a mirar a la entrevistadora, dejándola en lo que suele llamarse “un feo” comunicacional.

— Estamos — decía Dhamelys — en el conmovedor cuarto de Juan Félix Sánchez, creador plástico de inmensa trayectoria. A ver, Señor Sánchez, ¿qué puedo decirnos de lo que aquí sucede y de ésta infamia burocrática que reduce su vida a las dimensiones de un cuchitril?

Sánchez, voz de súcubo, Alberich de este maldito Rhin venezolano, miraba la pared de lo que podía juzgarse como es-

tancia o como tumba y contestaba con sobrecogedor desdén: “— ¡No, mijita no... nooooo, tú eres del gobierno!.... ¡No, mijita, noooo! ¡Yo no te voy a decir nada, mijita! ¡noooo.....!

— En modo alguno soy gobierno, señor Sánchez, sino una periodista que... — se afanaba la gentil Dhamelys en la clásica salvedad corporativa.

— ¡No, mijita, noooo, yo no quiero hablar! ¡Tú eres del gobierno... Yo no quiero decir nada, porque, ¿para qué?... no, mijita.... ¡nooooooooo.....!

Alega Rodríguez Rodríguez en su feroz aclaratoria que buena responsabilidad de esta incultura, capaz de incomunicar y desgajar al ilustre Juan Félix Sánchez, recae en los hombros del gobernador Rondón Nucete, a quien sólo creo conocer de referencias, por cierto nada negativas y sustentadas por personas de mi mayor respeto. Narra, sin embargo el profesor de Ciencias en esa carta, la siguiente escena que en lo sucesivo reclama el desmentido o la urgente aclaratoria del mandatario de Mérida, si es que no desea en su vida pública la reputación de patán o el mal espacio del insensible:

En un recorrido que (Rondón Nucete) hacía por San Rafael, se detuvo en la casa del viejo. Era de día, entró como entra todo el mundo allí (¿cómo entrará todo el mundo allí?), dio unas vueltas

y no se metió en el cuarto que ocupa Juan Félix, quien esperaba que de un momento a otro, al menos tuviese la delicadeza de irlo a saludar. Esto, le produjo al viejo un inmenso dolor “cuestión que me duele mucho, pues él sabe que le pediría que me entregue la casa, quiero que todos sepan de mi calentura, quiero que me devuelvan mi casa, ayúdenme a recuperar mi casa”. “Excelentísimo señor gobernador Rondón Nucete” a quien no puedo acusar, ni mucho menos juzgar: de parte de Amadeo Mier y con el respeto de quien no se atreve a infamar la calidad de su persona ni a aseverar la veracidad de lo que otro afirma sin la constancia de mis ojos, me permito decirle que nada más urgente tiene usted que hacer en su estado, este lunes a las ocho de la mañana, como no sea, satisfacer la voluntad, el deseo y hasta el capricho del vetusto Juan Félix Sánchez, expóngase como se exponga, refiérase a lo que se refiera y cueste lo que cueste.

Se lo demanda de buena ley y honra de vida, la Sociedad Louis Pasteur para el Fomento de las Artes, Ciencias y las Industrias de San Rafael, filial Mucuchíes.

*“Y firman: Amadeo Mier Cosme Paraima Herminia Bri-
ceño, viuda de Petit Antonieta Parissí Purificación Cho-
cano y Francisco Javier de Dios... que en ocasiones, suele
ser socialcristiano”.*

En respuesta al escrito de Cabrujas, escribí lo siguiente:

Cabrujadas y molinos de viento

Escribir es joder (revolver, molestar, sacudir). Podría decirse: “Jodo, luego escribo” o viceversa. Lo que no debe estar permitido en la escritura es la vulgaridad. Y la vulgaridad nace de la torpeza, de la falsedad. Por lo general, los escritores que no se venden parecen antipáticos e incomprensidos, y esto quizá tenga algo que ver con el joder.

Uno no debe escribir por escribir (lo cual sería como joder por joder, aburridísimo), a menos que tenga algo qué decir.

Me adelanto a complementar algunos puntos de lo escrito en su artículo ACTO CULTURAL, publicado en *El Nacional*, el 19 de noviembre, y antes de que aparezca una aclaratoria de la Gobernación de Mérida, en forma de remitido oficial, con certificado de urgencia.

No sabemos cuáles sean las referencias nada negativas que usted tenga don José Ignacio Cabrujas del señor Jesús Rondón Nucete, porque no es extraño, que con la fama, el talento y la enorme presencia suya en el medio cultural nuestro, se le oculte lo que cuatro tirapiédras como uno (eso sí,

sin capucha) lanzamos contra los poderosos. Porque usted desconoce también, señor Cabrujas, que por esas “piedras” las actuales autoridades de la ilustre, vetusta y “casi siempre eximia Universidad de Los Andes” ha lanzado remitidos amenazantes, hasta el punto de que sus presiones, han hecho que ningún periódico local admita mis artículos o denuncias.

Las autoridades de la “casi siempre eximia Universidad de Los Andes”, hasta ahora, han sabido disimular muy bien su amor y su aprecio por la obra de Juan Félix Sánchez.

Y como a diario llevo por doquier trancazos (bien asimilados), he podido palpar y comprender un poco la paciencia sobrehumana, de resignación casi mística de Juan Félix ante los improperios, los abusos, las traiciones y estafas. No he querido molestarlo con ninguna clase de protección, porque después de todo sería inútil en un mundo tan vencido por los provechos inmediatos, el recelo y la sórdida manía de querer trocarlo todo en dólares.

Porque parezco grosero, señor Cabrujas, es por lo que en este país nunca tendré la suerte de llegar lejos como otros (en cargos y méritos oficiales), por eso he podido escribir esa carta que usted ha comentado, por justicia al viejo.

En cuanto a la respuesta que le pueda dar el señor

Jesús Rondón Nucete, me la imagino perfectamente: “— Responderle al señor Cabrujas es siempre una tarea terrible, pero tendré no obstante el atrevimiento de hacerlo: En efecto, sí, yo entré como entra todo el mundo por allí, sin tocar puertas ni anunciarme. Pero ya he sido demasiado explícito en este caso: yo no puedo violentar las leyes de la República, cosas que con el respeto debido a Juan Félix debo reiterar responsablemente, él no está en capacidad de comprender, y por tanto, no quise molestarte ni molestarlo; de modo que no se trata de falta de sensibilidad ni mucho menos, sino que mi trabajo impone un ejercicio diario del quehacer ejecutivo, para lo cual, responsablemente debo insistir, fue para lo que el pueblo me eligió... Los hombres públicos (hoy por hoy y para nadie es un secreto), como nosotros, vivimos siendo constantemente mal interpretados por lenguas viperinas, que por desgracia, tienen acogida en la prensa nacional... Atentamente, un solidario y ardiente admirador de sus artículos...”.

José Rodríguez Rodríguez (alias José Sant Roz)

A Juan Félix lo encontramos otra vez llevando sol. Allí nos reclamó, el no haber vuelto ayer tarde.

— Qué va viejo, uno no está hecho de palo de cínaro como tú. La altura nos pesa más que un matrimonio a

juro. Lo mío son los matorrales del Guárico, la costa, estos páramo joden mucho.

Nos acomodamos, y empezó la conversa; ya el viejo quería que comenzara la vaina y quería que le quitara el sombrero, como en ocasiones lo hacía (un verdadero muchacho). Le dije que se quedara tranquilo, que aún el día estaba muy frío; me contestó que se lo quitara y que me lo pusiera, que él se encontraba fuerte. Preferí embromarlo por otro lado; le insisto en que esa “gruta” de la Virgen de Coromoto, no es fea sino ordinaria. Que allí no hay la menor pizca de arte, mucho más cuando la han hecho con cemento.

— Oye — le digo —, eso no es sino un promontorio de piedra, donde han colocado a la Virgen de Coromoto.

— Ya vienes con vainas. Es verdad. ¿Y por qué gruta?

— Yo no sé. Más bien llámalo nicho.

— ¿Cómo? ¿Miche?

— Mejor.

— Eche vaina. Eche vaina.

— Te gusta.

— Sí.

Entonces le señalé el palo que había traído William Cariú, el cual, como dije, era muy torcido, encorvado, y tenía una

notable hendidura. Le dije al viejo que más le valía colocarla allí, porque ésa sí era una verdadera gruta natural. Quedóse largo rato considerándolo, miraba hacia el “piedrero” y luego hacia el palo; se sonreía, asentaba levemente con la cabeza.

— Me gusta lo que yo hago — tuvo que admitir —, aunque sea tuerto o derecho, feo o bonito. Lo que hace otro no me cae; no quedo contento.

Observaba que algunos familiares del viejo, andaban un poco mal encarados, tal vez por lo que yo había dicho sobre la “gruta”.

— Así viejo, que tanto trabajo para levantar esta “gruta”, cuando ya aquella del palo estaba hecha. Allí queda muy bien tu homenaje a la Virgen.

— Claro —. Y se reía: “Tanto trabajo...”.

Y volvía a mirar de uno a otro lado.

Fui y coloqué la pequeña Virgen de Coromoto en el hueco de la raíz; el viejo se quedó contemplándola fijamente; como si quisiera salir de la silla y hacer unos arreglos, porque hacía falta hacer una base. Me señaló que la dejara allí.

Pasamos un rato conversando sobre lugares que en otros tiempos se conservaban nevados permanentemente, como la sierra de Santo Domingo, y por donde Juan Félix pasó muchas veces; porque yo le pregunté, influenciado por el libro de Carlos Chalbaud, si él nunca había tenido interés en escalar el pico Bolívar; me contestó que tenía muchos picos por este lado de la sierra a los cuales prestarles atención.

— Yo estuve en Santo Domingo. Cuando uno está allá pareciera que se rueda, se solcama. Estuve por esos lados buscando unas ovejas, y por cualquier motivo me entusiasmaba y subía al pico. Iba solo, por los filos... por los filos. Me quedaba por ahí en unas cuevitas.

— *¿Y por esas agujas de Las Viejas, llegaste a subir?*

— Sí. Por allí estuvo un extranjero que trabajaba en Mifaff; estuvo este hombre esbaratando una peña hasta que consiguió esmeraldas, y no siguió buscando más. Dejó quieto eso. Más nadie ha procurado buscar más piedras de esas. Luego se fue a Mucurután y allí murió. No hace tanto. Ahora, por allá — señalando hacia Efafoy, el camino antiguo que iba para el Cabezal — yo he visto granate, por piso, se camina, y algunos lo sacaban de una peña que llaman furungo. Usted se acuerda en El Potrero, de donde baja el agua de la cascada. Por allí

hay un camino que lleva a un lugar, baja uno a Efafoy, sigue uno el camino antiguo que lleva para El Carrizal y encuentra uno mucho granate. Hay de muchas clases: flojos, duros, brillantes.

Dejamos tranquilo al viejo, pues era hora de almorzar para él, y Cruz esperaba para llevarlo a la cocina. Cuando nos íbamos nos encontramos con Teresa Salcedo, quien nos invitó a la paradura de la capilla, que se haría esa misma tarde. Nos excusamos, en realidad estábamos hechos polvos y quería descansar.

27-1-95 Han traído a Juan Félix al Centro Clínico de Mérida. La razón ha sido que unos clavos que tenía en la pierna izquierda (la recientemente operada) se le partieron. Desde hace días tenía dolores muy fuertes, que se le han hecho insoportables. Yo recuerdo que el 13 de enero me contó que se sentía muy mal de la pierna operada, pero que nada decía porque no quería molestar.

28-3-95 Hoy he ido a San Rafael a visitar al viejo. Lo encontré sentado en su silla de ruedas, en el corredor. Me reconoció de lejos, alzó la mano para saludarme y me agradó verlo tan avisgado y alegre. Me tomó la mano y me hizo sentar

a su lado. No dejaba de reír, porque sabe que alguna broma traigo entre manos. Tenía un paño blanco en las piernas y me dijo que se estaba recuperando de su última recaída: que aún no podía caminar y sentía una cosquillita en la pierna recién operada. Vi que ya la Virgen de Coromoto no estaba en su nicho de palo, y me dijo que tuvo que retirarla porque se caía mucho y además la había mandado bendecir. Saludé a Epifanía y a Teresa Salcedo, y me estuve poco tiempo, porque venía de Trujillo. A poco de dejarlo, se llenó la casa de un grupo de jóvenes que acaban de llegar de El Tisure.

PUNTO FINAL

21-12-97: 11:30 a.m. Después de muerto Juan Félix, el 21 de diciembre de 1997, le hice la última entrevista a Epifania. El páramo estaba seco y caluroso, con los problemas climáticos parecía aquello un Maracaibo a tres mil metros de altura. Moscas por doquier, y ese sentimiento de asco que inspiran esas alimañas engendradas por el producto gallinazo. Veo al cementerio con sus puertas abiertas y una familia de campesinos que acude a visitarlo con un racimo de niños bien acicalados. Vuelvo a pasar por aquella cochinerera que es, que ha sido, de siempre (por lo menos desde 1984), el frontispicio de la casa de Epifania. Toco la puerta de madera. Parece que no hay nadie, pero como sé que no está trancada, empujo. Y en cuanto abro, veo un bulto en el suelo con un sombrero encima. Me quedo paralizado; el bulto se mueve y de él lentamente va emergiendo un rostro con unas gruesas gafas empañadas que apuntan a la distancia: “— Aquí cogiendo un poco de sol”. Se pone de pie, me invita a pasar al tiempo que acomoda una silla. Veo que el patio está cubierto con una malla. “— ¿Y esto, Epifania, para que el loro no se te escape?”, la anciana que me contesta: “— Pero no le vale”.

Qué silencio, qué muerto encuentro todo a mi alrededor. Lo único viviente allí, digo, son las moscas. Tanto disputarse a muerte el páramo; asesinar cóndores para llamar la atención sobre el deseo inmenso del alcalde Ave-lino Villarreal para dominar el lugar con sus magnates que los quieren desarrollar y convertirlo en un centro turístico de primera con sus putas y casinos y todo me parece una res muerta con ese mosquero intolerable.

- Tanto tiempo – dice Epifania.
- Así es; tanto tiempo sin vernos.

Aparece una señora morena de unos cuarenta años que pasa a la cocina y nos trae café. Se llama Herminia del Carmen Castillo, de aquí mismito de San Rafael.

Recibo el pocillo al tiempo que por agradecimiento digo: Ustedes no pierden la mala costumbre, carajo.

¿Y estás sola aquí, Epifania?

No. Tengo una amiga que me acompaña de noche, doña Herminia.

¿Y Prometido? ¿Dónde está el perro del viejo?
Ese está donde Cruz; se amadrinó allá.

¿Y que no estás comiendo mucho me dice doña Herminia?
Es que yo no soy comelona.
Este pueblo está muy solo y silencioso; ni cohetes tiran ya.
Ahora no abren ni la iglesia.
¿Y el viejo de qué murió?

— Yo no supe de qué sería. Él no estaba de gravedad. Des-gravao no estaba. Ese día que se lo llevaron para Mérida estuvo muy malo por la noche; como muy descaío.

¿Qué te parece, tanto luchar por esa casa para que ahora esté en manos de policías? ¿Y por qué no te quedaste a vivir en ella?

No. Estaba muy aburrida allá.
¿Pero estuviste viviendo ahí?
Claro. Después de muerto Juan Félix me estuve un mes.
No te aguantaste.
¿Haciendo qué?
¿Y doña Teresa Salcedo?
Teresa también tuvo que venirse.
¿Por qué tuvo que venirse?
Porque la sacaron.
¿Pero quién la sacó.
Sería el Gobierno.

Es decir, que tú te viniste y ella se quedó. ¿Y entonces le dijeron que tenía que desalojar el lugar?

Yo no sé; ellos se quedaron allá y tuvieron que venirse. Yo me vine y no volví más nunca para' allá.

¿Y tus relaciones con ella, qué tal?

Muy poco. Ella se portaba muy mal con uno. Es que no veía de uno con fundamento. Muy descuidada. No pegué mucho con ella. Si ella se hubiera portado bien allá estuviera yo todavía. Ella me dijo que mientras yo viviera me podía estar allá.

¿Y cuando Juan Félix estaba vivo sí se portaba bien?

No. La misma cosa. Era mucha la vaina que Juan llevaba con ella. Veía de uno poco más o menos. Yo estaba allí como arrimada. No podía disponer pero de nada. Me daba lástima con el Juan Félix porque no tenía quien viera de él con fundamento. Pero claro, delante de la gente ella era otra cosa. Tres años nos tuvimos arriba. Primero vivimos aquí un tiempo y estábamos tranquilos, luego como pidieron la casa de allá.

¿Y lo de la casa paterna del viejo en qué quedo?

Eso está cerrada ahorita.

¿Y quién la atiende?

Nadie. Eso está en manos de la policía. Los coroticos se los llevó Sinecio para su casa. Ahora han estado diciendo que Juan Félix también regaló allá (El Tisure), pero yo no creo eso. Eso no eran sino dos herederos: el Juan Félix y Sulpicio (primo hermano de Juan Félix); pero como Sulpicio tiene muchos hijos (en total diez hijos). Están haciendo las diligencias (incluido Sinecio) para hacer la acusación. Las tierritas que tenía Juan Félix si las quieren reclamar; las que tenía por aquí en San Rafael y lo de El Tisure. Eso está feo, porque Juan Félix pudo entrar en su casa en la condición de comodato, y si vivo le costó tener una parte, ¿ahora ya muerto quién puede recuperar algo? La Teresa cuando estaba adentro decía: “— A mí no me sacan así no más de aquí”. Yo le decía: “—Yo no sé de eso. Yo le dije: nadie la está sacando pero yo no estoy más”. Le mandé una carta al gobernador entregándole la casa. Teresa me dijo que mientras yo viviera allí la casa sería mía; pero nada, me vine. Ella se puso brava, no sé qué me decía que yo debía estarme allá un año. Claro, por el interés, no ve que ella estaba ganando.

¿Qué ganaba?

Le pagaban el sueldo; el tiempo. Le pagaba la señora Gloria y ella administraba el dinero. Lo recibía todos los meses.

¿Y ahora no le pagan nada?

Claro. Que yo tenía que estarme a juro allá siquiera un año. No hombre. Estándome yo tenían que pagarle. No estándome qué le iban a pagar. Ella me dijo: “—Mal hecho, sacar a Cruz”; yo le contesté: “— Yo no lo saqué; ustedes se quedaron allá”.

Pero entonces sería que tú te pusiste brava.

Brava no. Estaba hastiada. Teniendo mi ranchito, dije: Nooo. No voy a estar cuidando casas ajenas. Ella no se portaba bien con uno; la comidita era cuando ella quería. A veces nos acostábamos nosotros sin cena. Sacaban al Juan Félix pa’el sol y se eternizaba allí. A veces tenía que ir a mi casita para hacer arreglos y cuando volvía encontraba al Juan Félix donde lo había dejado, solo. Y de noche era yo quien tenía que estar viendo de él. Ella no se asomaba. Cuando el Juan Félix murió esa era una llorazón muy grande. No tenía consuelo. Eso era de acordarse de las malucadas que hacía con él. Es que se le remueve a uno la conciencia cuando es maluco con una persona. Lo regañaba.

¿Lo regañaba por qué?

Porque se escupía en el piso, porque botaba los orines por ahí

por donde quiera, “¿y si él no podía pararse qué más va a hacer?”, decía una. Ella le gritaba: “— No bote esos orines ahí porque eso jiede”; pero ella no estaba pendiente de estar botándolo. Y le decía: “— Este viejo picherre. ¡No sé cómo irá a ser la muerte de este viejo! Miserable”. Porque no le daba plata todos los días. Que le diera de la plata de las tierritas que había vendido. El Juan Félix lo que me decía era: “— Debemos tener paciencia”. Él era muy paciente. Cuando estuvo grave los últimos días ella no lo atendía; dormía tranquila en otra pieza.

¿Y Cruz?

Ese viene por ahí tal cual vez.

¿Y Martín?

A ese no lo volví a ver más nunca. Yo ni de lejos no lo llego a ver. Casi no salgo pa'juera.

¿Y la Casa de la Cultura JFS, está pendiente de ti?

Me trae mercadito, la señora Gloria. Será mensualmente. A veces dura, a veces no.

¿Y El Tisure? ¿Cómo está eso?

Yo no volví más para' allá. Allá están los policías también. Unos policías van cada quince días. Vienen y van otros.

¿Y del señor Álvaro Varela, el abogado qué has sabido?

Ese se desterró. No volví a saber nada de él.

¿Y que es de Sinecio?

En su casa. Él estuvo pendiente de mí. Allá en su casa me estuve mientras no tuve quién me acompañara aquí. En el día me venía para acá a veces quedaba allá.

¿Y no vas a hacer pesebre?

No tengo Niño. El Niño está en El Tisure.

¿Y ahora no tejes?

No tengo dónde poner el telar, y no se consigue lana; además estoy fastidiada con un dolor en la cintura.

Luego hablando de tanta gente que conoció y que ahora ni se asoman, dijo:

Vino Dennis. El Dennis no era maluco; fue maluco en cuanto que descubrió a Juan. También han venido a visitarme los esposos Bottome. Y no ha venido más nadie, no sabrán dónde vivo. Dennis vino muy de prisa. Ese es un señor muy bueno.

Se le murió la mamá.

JUAN FÉLIX SÁNCHEZ, FILOSOFÍA Y SENTIMIENTO

El estado Mérida y toda Venezuela sienten un aprecio profundo por la obra artística de Juan Félix Sánchez, cultor que logró que el mundo visualice el páramo merideño como nunca antes. Y más allá de su manifestación plástica, encontramos una filosofía y sentir por la existencia. En una serie de encuentros que tuvo con el escritor José Sant Roz, podemos tener una mayor comprensión sobre la trascendencia de su creación que hoy representa un patrimonio de la humanidad.

José Sant Roz

Profesor de Matemáticas (ULA) con doctorado en Teoría Combinatoria. Es autor de más de veinte libros entre ellos: *Conjura Constitucional*, 1986; *Colombia en un Sople*, 1987; *Toque de Queja. Episodios de la vida del General Francisco de Paula Santander*, 1990; *Maldito Descubrimiento*, 1993; *Los Verdaderos Golpistas*, 1998; *Obispos o Demonios*, 2001; *El Jackson Granadino - Biografía del General José María Obando*, *Las Putas de los medios*, 2002; *Bolívar y Santander, dos posiciones en conflicto*, 2010.

